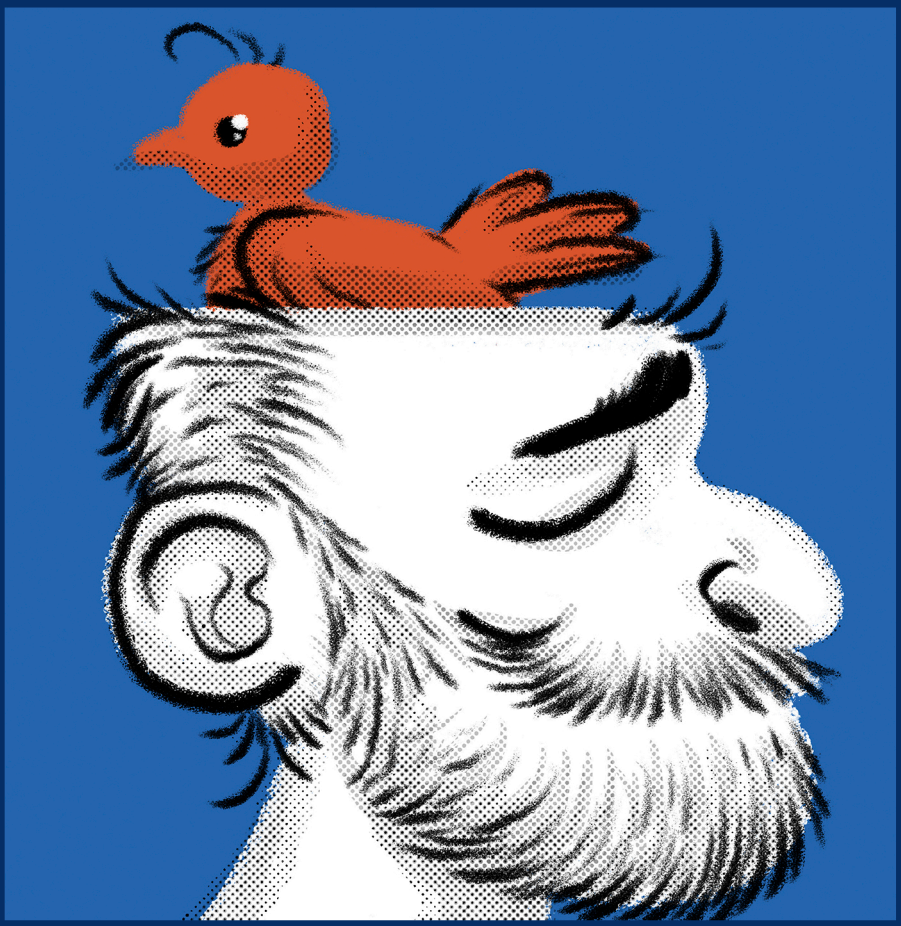
NACHO MERLO

La paz de la ignorancia



orsai
Colección Entrelíneas

La paz de la ignorancia

La paz de la ignorancia

Nacho Merlo

Orsai

2026, Nacho Merlo / @nacho.merlo
jimerlo@gmail.com
nachomerlo.com.ar

Diseño de la colección: Hernán Casciari
Coordinación editorial: Carolina Martínez y Nacho Merlo
Edición: Diego Fernández Romeral
Corrección: Fabiana Blanco
Diseño: Laura Angriman
Portada: Tomás Campos / @tomilustra

2026, Editorial Orsai S.R.L.
@Comunidad.Orsai
Montevideo 312
1109 - CABA
Argentina

editorial.orsai.org
Primera edición: julio de 2026
ISBN: 15-788415-525776
Impreso en Argentina



Esta obra se distribuye bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento 3.0 Unported. Es decir, se permite compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente, hacer obras derivadas e incluso usos comerciales de esta obra, siempre que se reconozca expresamente la autoría original.

A Ro, por mostrarme el camino
y darme la mano para ir hacia ahí.
A Lupe y a Agus, por seguir el recorrido.

Índice

Prólogo 9

Nene de la Petro 11
Invencibles 25
Pequeñas vergüenzas perpetuas 35
Una foto 43
Cursia 53
Siam 63
Zeta 69
Táctica y estrategia 85
Diamante loco 95
El Rulo 101
futuro.colmo.fiaca 113
Límite 121
Once dólares 131

Agradecimientos 151

Prólogo

Hay un mundo increíble en cada uno de los cuentos de *La paz de la ignorancia*, nuevo (y también fantástico) libro de cuentos de Nacho Merlo. Pero esa «ignorancia» del título no tiene nada que ver con el escritor. Nacho es dueño de un estilo único: sutil, observador y culto —pero sin soberbia—. Y también cansino, como esos números diez que la rompen, pero no corren ni marcan. Va avanzando, muy lentamente, te envuelve de a poco y, cuando no se lo espera, te arranca una lágrima y una sonrisa al mismo tiempo. La nostalgia, la amistad, el amor, el dolor, los recuerdos y la familia son las estaciones por donde pasan cada uno de los cuentos (¿autobiográficos?) de Nacho Merlo. No habría nada nuevo en esto porque ya se usó. La diferencia está en su estilo, un estilo delicioso, mezcla de Alejandro Dolina con Larry David, un beautiful loser que gana, pero que

básicamente lo hace porque descubrió muy rápido la ventaja de reírse mucho de sí mismo. Quizá sea esa la clave para vivir la vida o la receta para sumergirse a leer cada una de estas historias. Conocer a Nacho Merlo es saber que, detrás de un tipo que escribe así, con ese estilo, no solo es conocer a un gran escritor, sino también descubrir a un buen tipo que, con mucho humor, escribe muy en serio.

Nacho Iraola

Nene de la Petro

Quedó el asado a medio terminar: mi viejo corre con las manos manchadas de carbón, mi vieja grita y empieza a llorar por las dudas y yo ahí, con el fémur partido en dos pedazos, un nenito inmóvil como un ciervo recién nacido que no sabe cómo ponerse de pie. No hay 911, ni sirenas, ni llamadas inalámbricas: son los ochenta, es Río Tercero, un pueblito del interior en donde fui feliz todos los días de mi vida y mientras todo se resolvía al trote. Ni siquiera llegué a decir que no podía mover la pierna, que ya estaba viajando acostado boca arriba en la parte de atrás de una chata gasolera, sobre la puerta de madera de un placard que los padres del Tomi sacaron del quicio para improvisar una camilla. Volamos: cruzamos todo el pueblo de una punta hasta la otra con velocidad de fábula, y cuando empecé a reaccionar —y a sentir el dolor de las astillas de los huesos

contra la carne de esa piernita mínima que tuve a los siete—, estaba rodeado de tipos con guardapolvos blancos, que decían palabras difíciles con tonada cordobesa. A ellos también les había roto los planes de sábado a la noche, pero me daban un poco de paz y otro poco de calma. Calma como la que me daba la sonrisa forzada de mi vieja o el silencio sobrio de mi viejo, que estaban ahí enterándose de que su hijo se acababa de partir el fémur en dos pedazos, que la pierna se le había acortado catorce centímetros y que iba a pasar una noche entera postrado en una cama, con un montón de peso colgado de la punta de la pierna, como en Los Tres Chiflados, para traccionar un poco el hueso partido y acomodarlo en su lugar. Y que después lo iban a tener que anestesiar para ponerle un yeso y que, más tarde, empezarían el reposo, la larga recuperación, las muletas y otros trastornos que cambiarían para siempre el curso de esa vida que recién está arrancando.

—¿Para siempre? —quiso saber mi vieja saltando del shock a la angustia.

—...

* * *

La salida del quirófano fue parecida a lo que imaginábamos todos. Estaba ahí, babeando de anestesia, yendo para la habitación de esa clínica que antes había sido una concesionaria de autos y después iba a ser un restaurante, algunos años más tarde de ese febrero que me partió en dos pedazos. En mi cuarto había una novedad: mi viejo había comprado una gaseosa con tapa a rosca y, de algún modo, todos empezamos a sentir que había empezado a llegar el futuro con el descubrimiento. Los médicos y las enfermeras pedían permiso para ver la botella de Pepsi. Salían cuchicheando a mis espaldas. Y la otra novedad es que estoy enyesado.

Estábamos esperando que viniera González, el doctor más peligroso del pueblo, a explicar no sé qué cosas, pero había salido a fumar González, contó la enfermera que me había traído el desayuno y me pidió que no hablara mucho por no sé qué cosas de la anestesia. Aproveché y mojé una criollita en un té tibio que mi vieja sirvió en una taza beige de hospital. Hundí la criollita y crucé su mirada: tenía la sonrisa calcada, pero yo todavía no sabía que era por los nervios, que había pasado la noche en vela, que

guardaba una carpeta llena de figuritas de santos y de vírgenes a los que les iba rezando alternadamente según lo que le iban diciendo, que estaba a punto de batir el récord de rezar el rosario.

—Tranqui, Nachulo, va a estar todo…

—Bueno, acá está el quebrado —interrumpió González, que se vino antes de terminar el cigarrillo y entró con cenicero y todo, como un gesto de educación que nadie le había pedido.

Yo miraba. Siempre miré. Desde que tengo memoria, miro. Miro todo, tomo notas mentales, repito, acomodo las ideas. Esto acá, aquello allá. La mayoría van al altillo de mi neurosis y se quedan ahí para siempre. Me tomo muy en serio eso de que «el saber no ocupa lugar» que leí en la *Anteojito* y me voy volviendo un cartonero del conocimiento desde muy temprano.

Entonces miré a González.

—¿Me quedó bien? —quise saber sin conocer nada de la gravedad del caso. Hasta ese momento, de toda la información que se corría por los pasillos de esa clínica en donde pasé el primero de muchísimos días acostado, la única certeza que alcancé a manotear fue una radiografía nocturna en donde se veía

nítidamente que ese huesito que va desde la cadera hasta la rodilla, el más largo y más fuerte del cuerpo, se había partido en dos pedazos.

* * *

Corría rápido: antes del crac yo era siempre el que corría más rápido que los demás. Ahora salgo último en todas las carreras y ya no juego de wing izquierdo.

* * *

El barrio donde vivimos desde que llegamos a Río Tercero no se parece a ningún otro barrio. Ni de Río Tercero ni de Buenos Aires ni de ningún lugar del mundo ni de los mundos imaginarios que leí en la *Billiken*. Alguna vez escuché un puterío —porque acá se les dice puteríos a los chimentos— que explicaba que la idea de este barrio la habían traído de Canadá los dueños de la fábrica petroquímica en la que mi viejo se gana la vida dibujando planos. Acá las casas le muestran el culo a la calle y el frente va para adentro de la manzana. Y en el centro, en donde cualquier manzana suele tener los patios por

donde las casas se unen y se pelean entre sí, acá pusieron la plaza más hermosa que habitó cualquier suelo. Acá, en este barrio, todas las casas miran a la plaza. Siempre hay una madre que está lavando platos en alguna de todas las cocinas con ventanal, por donde pueden ver la calesita o el tobogán. Es un panóptico de buenas voluntades: si no te mira mi vieja, te mira la madre del Tomi o te mira la madre del Mati. Pero siempre estamos ahí, relojeados por algún grande. Y los días de verano son eternos: los hijos de todos los padres que trabajan en la Petro juegan juntos, sin importar quién es el hijo del jefe ni del supervisor. Acá no hay clases sociales, somos todos nenes de la Petro. Y cuando se hace sábado, los padres de la Petro usan sus parrillitas y el olor a grasa nueva se mezcla con los primeros olores a chivo infantiles que aparecen en la vuelta en bici número mil alrededor de los canteros más grandes de la plaza. Pero el sábado que me rompí la pierna, un crac nocturno puso los cubiertos de todas las mesas en pausa.

* * *

La habían instalado hacía algunos años: una especie de T de hierro de tres metros de alto, con unas cadenas con anillas a los costados. Decían que eran para que los chicos aprendieran a hacer ejercicios colgados de ahí. Nos creyeron gimnastas. Quizás podría haber tenido sentido en alguna plaza rusa o china o de esos países que se llevan medallas en las Olimpiadas, pero acá mirábamos el juego sin saber bien para qué servía, hasta que alguno de todos los nenes de la Petro se inventó un uso y ahí, sí, quién nos paraba… Nos colgábamos de la T cuando bajaba el sol, porque más temprano pelaba la piel del calor que acumulaba. Todo hierro, todo sol: imposible. Pero cuando bajaba el solcito, ahí sí, una horda de nenitos con tonada cordobesa colgándose de las anillas como pequeños tarzanes del interior y dejándose hamacar hacia afuera de la T, para conocer el vértigo y después volver a abrazarla. Ese era el juego nuevo: agarrarse de las anillas, colgarse hacia afuera y volver. Y entonces fui: una, dos, veinte, ciento cincuenta y cuatro mil veces. Pero ese sábado, antes del crac, la hermana del Hugo estaba apurada y cuando iba a salir a la aventura del vuelo, me empujó y me agarré mal, así que a la mitad del viaje, justo cuando la

cadena se estiró por completo y pegó la vuelta, empecé a imaginarme llegando a la T, pero me zafé y caí con todo el peso contra el límite de la plaza: una serpiente de cemento que recorría todo el arenero y que, desde esa noche y para siempre, tendrá una fractura como la mía.

* * *

González terminó de largar el humo y de aplastar el pucho en el cenicero y ahí, recién ahí, empezó a hablar. O hacía la mímica, porque en realidad se largó a contestar con gestos.

—¿Y? ¿Salió todo bien? —quiere saber mi viejo, sin vueltas.

—A ver… se había quebrado muy mucho la patita, así que le pusimos las pesas toda la noche y ahora va a tener que tener el yeso como dos meses para que eso suelde bien.

—Bueno —asintió mi viejo. Pero cuando estaba por cortar e irse al mazo, lo asaltó la duda que me salvó la pierna y la vida—. Pero, ¿va a quedar bien?

—No creo —sentenció González mientras sacaba otro Le Mans del bolsillo del ambo—, pero

le ponemos un zapatito con taco y listo. Ah, y si se pone muy molesto, le podés dar unas gotitas que ahora te receto.

* * *

Luis Avaro salió de su casa como cualquier mañana para ir al consultorio. Atendió en este pueblo por años y nunca tuvo grandes hitos en su carrera como traumatólogo. No se parece a González, que en el portafolio de las desgracias contaba con haber dado mal una inyección a una promesa de basquetbolista de veinte años y provocarle la muerte. «Una desgracia», decían que decía cuando le preguntaban qué había pasado. Ni tampoco operó de la rodilla equivocada a nadie —«son muy parecidas», se excusaba González si alguien quería saber—. Ni, por supuesto, le arruinó la pierna y la vida a un nene de siete años. Porque Avaro era otra cosa: un tipo de unos cincuenta años, bigote de policía, primeras canas asomando, que iba al trabajo todos los días caminando por la avenida Libertad. Y esa mañana, Avaro iba para un lado y mi viejo para el otro, hasta que se cruzaron:

—Buen día —saludó mi viejo.

—Buen día —respondió Avaro. Y agregó—: ¿Cómo está tu pibe?

Podría no haber preguntado nada más. Podría no haber sentido la incomodidad de la mirada de un hombre que sabía que iba a tener que convivir desde ese momento y para siempre con un hijo con una discapacidad motriz por una desgracia infantil de un sábado a la noche en donde, ni siquiera, había podido terminar de comer el asado que había empezado, porque su vida, la que había tenido durante todos esos años, había cambiado para siempre. Entonces le contó. Y detalló. Y sus ojos pasaron de la furia y la desilusión a la acción.

* * *

Veinte minutos más tarde del encuentro casual entre Avaro y mi viejo, toda la familia Merlo salió a la ruta arriba de la rural Dodge. Mil veces habíamos ido y venido a Buenos Aires, pero esa vez agarramos para el otro lado: «Llevalo al Allende», fueron las instrucciones de Avaro, de pocas palabras. Concreto. Y ahí nos fuimos, entonces, a Córdoba capital, sin

más información que esa: «Allende», una palabra clave para abrir un mundo en donde mi vida no se rompiera. Dos horas y algunas preguntas más tarde estaba rodeado de médicos que hacían preguntas y sacaban conjeturas. A mis viejos, primero, a mí, después. Me pidieron perdón por la demora, pero habían tenido que operar a un nenito que había nacido con seis dedos en cada mano y compartía esa habitación transitoria conmigo.

—Un carnicero, González —describió el jefe de traumatología que revisó mi radiografía, mi pierna y mi futuro—. Vas a ir de nuevo a Río Tercero y le vas a decir a Avaro que sea él quien siga el tratamiento. Y dale las gracias, porque te salvó al pibe.

El viaje de vuelta tuvo una brisa de calma sentada por primera vez entre nosotros. Yo viajaba en el baúl acostado, porque no podía flexionar la pierna con el yeso, pero escuchaba que mi viejo había puesto un casete y golpeaba cada tanto los pulgares contra el volante; mi vieja le alcanzaba un mate, mis hermanas dormían. Esa porción de la tragedia no tiene mal gusto, y hasta parece que hubiera tenido esperanza.

* * *

Los próximos días, las próximas tardes y también las próximas noches, las iba a pasar acostado en una cama de sanatorio. En cada uno de esos días, el mismo ritual: una bolsita con peso que se sumaba a lo que ya tenía colgando al final del pie, para ir traccionando el hueso partido y llevarlo al punto exacto, para que suelde parejo. Para corroborar, cada tarde, un rato antes de la cena temprana del sanatorio, un grupo de camilleros y radiólogos movilizaba media clínica para traer los equipos y hacerme placas. En todas esas radiografías —una por día—, mi vieja repitió las mismas palabras: «¿Le pueden traer protección?». Los radiólogos medio que se le reían, pero iban a buscar el delantal de plomo con el que me cubrían el cuerpo. A ese delantal de plomo y a esa vigilia maternal, les debo la existencia de mis hijas. En total, fueron más de cien días postrado, jugando a que el tiempo pasara y recibiendo visitas, abrazos y consuelos. Todos esos días me cuidó Avaro. Entraba y salía de mi habitación todo el tiempo. A veces me traía juegos de sus hijos o me contaba historias. Cuando mi viejo consiguió un televisor blanco y negro prestado vimos la Copa América juntos. Mis

viejos iban y venían, se turnaban para dormir conmigo. Los fines de semana eran especiales, porque mi viejo aparecía con la videocasetera abajo del sobaco y algunas películas alquiladas. Gasté todas las cintas de Chaplin en esos días interminables. También conocí la extorsión: las enfermeras querían ver la novela de Grecia Colmenares de la tarde y yo las dejaba a cambio de que me consiguieran flan con dulce o algún capricho infantil.

A contramano del mundo, fui feliz en medio del dolor de esos días postrado.

* * *

Algunos meses más tarde volví a mi casa, sin yeso, con unas muletas de madera que nunca supe cómo usar, y tuve que aprenderlo todo de nuevo. Había en esa casa, de ese barrio mágico donde fui feliz, una vida que seguía su camino sin mí: mis hermanas comían milanesas sin que yo estuviera en el conflicto por ver quién se quedaba la última, o peleaban por pavadas entre ellas sin que mi presencia les hiciera falta. Cuando entré a casa había cuatro sillas en vez de cinco. Fueron meses sin nosotros, pero

entonces la marea estaba en retirada. Supe que tenía que aprender a ponerme de pie. Y supe también que romperse, curarse y volver al ruedo, es algo que pasa demasiadas veces en la vida y yo tuve la fortuna de aprenderlo en los primeros días.

Invencibles

Veníamos de una racha de partidos en los que, por ojete o por alguna de esas cuestiones sobrenaturales, estábamos invictos desde que habíamos perdido la final del año anterior. La dupla de centrales con el Flaco Perugini y la Tota Nieto era un ente burocrático: no pasaba nadie por ahí. En el medio estaban el Colorado Solé, el Fede Juno y el Gabi Zanetti, tres de esos que saben jugar a cualquier deporte con una facilidad que dan ganas de partirles las piernas. Arriba el Lucho Cammandone y yo. Él se cansaba de hacer goles. De afuera del área, de cabeza, de tiro libre, de chilena. Daba asco verlo jugar así. Se floreaba gambeteando y nosotros sacábamos siempre ventaja.

En cada uno de los miles de recreos que pasamos en la Modesto, nuestra escuela primaria, salimos corriendo a los pedos con una pelota debajo de algún sobaco hasta la canchita del patio grande. La

Modesto fue más que una escuela: fue abrigo, religión y piedra basal. Ahí aprendí a leer, a escribir, a tirar córners y a ser quien soy.

Todavía me acuerdo del Lucho Cammandone tirando diagonales, pidiendo la pelota y yendo a pelear todas. Era igual al Mencho Medina Bello, pero con doce años. Habíamos hecho juntos toda la primaria, e incluso llegamos a sentarnos compartiendo banco. Hasta le convidé muchos medios sánguches de los que me mandaba mi vieja y, sin embargo, nunca en su puta vida me dio un pase. Nunca. Estaba destinado a brillar el Lucho. Y yo ya perfilaba para partenaire: al costado de la foto, en letra más chica, segundo de la lista, vocal suplente, copiloto, auxiliar, compañero, cómplice. Pero nunca protagonista.

Y así hubiésemos seguido hasta el final de los tiempos, entrenando en cada recreo, jugando cada viernes el intercolegial cordobés y pasando de ronda hasta salir campeones. A veces por un gol, otras por tres. Incluso alguna vez por penales, algo que se había puesto muy de moda cuando descubrimos a Goycochea. Durante esos años —que fueron desde Italia 90 hasta Estados Unidos 94—, los casos de partidos amateurs empatados en el último minuto

escaló con mayor velocidad que los precios hiperinflacionarios de finales de la presidencia de Alfonsín. Hordas de niños y de adolescentes —y seguro algún grandote en secreto también— se dejaban empatar sobre el filo para poder vivir la experiencia de ir a penales. «Atajo yo», gritaba siempre alguno, cooptado por el espíritu del arquero argentino, héroe sin capa ni copa, que nos había hecho mirar, no con cariño pero al menos sin desprecio, la figura del arquero.

La edición número veintitrés del campeonato intercolegial de Río Tercero estaba muy clara: con los dieciséis colegios primarios de la ciudad, armaron dos zonas de ocho. El viejito Pederzini, nuestro Joseph Blatter cordobés, había armado un bolillero y organizó un gran sorteo en la plaza San Martín, una tarde de domingo. Explicaba ahí, Pederzini: «Los cuatro primeros de cada zona van a pasar a una cosa medio parecida a los octavos de final, y se van a ir eliminando hasta el último partido, que se va a jugar acá nomás, en la cancha grande del 9 de Julio».

Todos estábamos listos para el sorteo; algunas madres repartían porciones de pastafrolas y pastelitos, para morigerar las ansias. Hasta ese momento, el único sorteo con tanta tensión que había visto en

mi vida fue el de mi primo Pablo cuando se salvó de la colimba.

—Ahora sí, muchachos, vamos a empezar.

Pusieron las bolillas y fueron sorteando. Porota del kiosco prestó su pizarra para que anotaran los resultados y quedara evidencia, aunque había varios profesores de educación física tomando apuntes en libretitas. Con el sorteo cerrado, se definieron dos zonas, a priori parejas: por un lado estábamos nosotros, los de la Modesto, que veníamos de tres subcampeonatos seguidos. Compartíamos grupo con la Remedios de Escalada, la Mitre, la Sarmiento, la Savio, la Güemes, la Zapiola y la Gregoria Pérez. En la otra zona estaban los peores de la ciudad, o los que más pica nos tenían: los de la Alexis Carrel, que compartían grupo con la Biondo, la Manuel Belgrano, la Prado, la Saavedra, la Jesús, María y José, la Rótulo y la Fragata Sarmiento.

Nosotros éramos todos hijos de laburantes que no conocían el mar ni se movían en Ford Sierra ni en cupé Fuego. Manadas de pibes y pibas que bajaban cada mañana de baúles de autos rurales, envueltos en guardapolvos blancos gastados pero dignos en las puertas de cada colegio público. Ahí nos recuerdo

entrar, con esos portafolios imposibles, gigantes, una suerte de valijas de inmigrantes a escala, para aprenderlo todo, porque no había conocimientos más allá de las paredes de la escuela. Pero los guionistas suelen ser perversos, y frente a nuestra hermosa Modesto, una escuela inmensa con cancha de fútbol y de básquet propias, techos altísimos y jardines verdosos, verdaderos pulmones de oxígeno, habían construido otra escuela, hecha a la medida de todos los padres y madres que no podían vernos por nuestra condición de hijos de laburantes. Ahí entraban, con sus saquitos y sus corbatas azules, los nenes de la Alexis Carrel, pichones de burguesías berretas comiendo arroz para poder contar en la cola de la panadería a qué colegio iban.

* * *

Entonces empezó el torneo. Y como el destino a veces es exactamente lo que debe ser, tanto la Alexis como la Modesto ganaron su grupo: en caso de cruzarse en algún momento del torneo, sería en las finales. Me acuerdo no solo porque los resultados de la primera ronda fueron increíbles

(ganamos cuatro, empatamos tres), sino porque cada vez que volvíamos en micro hasta la escuela le pedíamos a Luisito que estacionara en la calle Roca, justo en la puerta de la Alexis, enfrente de la Modesto. Entonces Luisito miraba por el espejo retrovisor, hacía un gesto de «yo no vi nada» y abría las puertas: no quedó un solo domingo en que no meáramos todas las puertas a la Alexis. Una fila interminable de pinchilas infantiles apuntando contra los picaportes como un regador. Los lunes hacíamos fila desde la terraza del kiosco de Mary para ver cómo forcejeaban con esos picaportes meados. Éramos invencibles…

* * *

Y como estaba escrito desde el día del sorteo en la plaza, nos cruzamos con la Alexis en la final. Toda la ciudad respiraba morbo y rápidamente se convirtió en tema de charla en todos lados.

—¿Qué más? —preguntaba el carnicero.

—Dame un kilo de molida… y ojalá gane la Modesto —contestaba cualquier cliente.

* * *

El 9 de Julio, el club donde se iba a jugar la final, es como mi casa: en este club pasé días y tardes enteras todos los veranos. Tenía la pileta de natación más linda que vi en mi vida y aunque hoy sea un basural, cada vez que paso por la ciudad busco encontrar algún rastro del nenito que fui en ese lugar. «Ahí nadaba con el abuelo», le cuento a mis hijas. «Acá una vez me sacó Bombila, el bañero de la pileta», relato. «Y ahí, en ese club, me enteré de que a mi viejo lo habían rajado de la Petro y que nos íbamos de Río Tercero», le conté una vez en como si nada a mi psicóloga, sin saber que de solo pronunciarlo me iba a desmoronar.

* * *

La cancha grande del 9 de Julio estaba explotada. Padres, madres, abuelos, maestras, todos mezclados. De un lado nosotros, el pueblo, los pibes de guardapolvos Arciel, llegando de a montones en los asientos de atrás de alguna zanellita o apretujados en la caja de alguna camioneta. Enfrente, los de la Alexis, con

su equipito de camisetas nuevas y botines brillantes. Las familias de la Alexis usan camisas y vestidos; los de la Modesto parecen una pintura de Berni.

El partido fue un espanto. Nos medíamos todo el tiempo, caminando por el filo del miedo a perder, sin animarnos a ganar. Cerrado, trabado, feo. El Flaco Perugini y la Tota Nieto sacaban todo. El Colorado Solé corría como si lo estuviera persiguiendo la cana. Y adelante el Lucho… que hacía lo mismo de siempre: agarrar la pelota, correr al arco y buscar el gol. Su gol.

Faltaban tres minutos y seguíamos cero a cero. Lo mejor del partido, hasta ahora, era lo que pasaba en las tribunas. Pero entonces pasó algo rarísimo.

El Lucho recibió de espaldas una pelota que salió rebotada en mitad de cancha. Encaró para un lado y salió para otro, se sacó de encima no a uno, ni a dos, ni a tres: gambeteó a cinco hasta llegar al área. Las madres de la Modesto sacudieron sus permanentes siguiendo la jugada, el Lucho estaba a cinco metros de la gloria y atrás suyo iba yo, corriendo con toda la velocidad que tenía, que desde que me partí la pierna en dos fue siempre poca. Nadie me marcaba: nunca me marcaban. Y por primera vez en su vida,

el Lucho pisó la pelota, frenó para que un defensor pasara de largo y levantó la cabeza.

No sé si me vio, si se encandiló con algún reflejo o si fue un error, pero la pelota se despegó de su pie derecho y vino hacia mí, mansita, como si también estuviera sorprendida.

Quedé solo frente al arco: pude sentir en la inmensidad del silencio el gesto de frustración colectiva cuando la paré mal y la acomodé peor, pero saqué la lengua, fruncí la mirada y pateé de puntín con toda mi fuerza: el arquero fue para un lado, la pelota para el otro, taquicardia colectiva, euforia y angustia, todo con exagerada lentitud… hasta que perdí la conciencia.

Cuando volví a mí me di cuenta de que festejaban los de la Alexis y me puteaban todos mis compañeros, sus padres y nuestros maestros. El réferi del partido acababa de cobrar lateral: la única oportunidad de gloria deportiva que había tenido en mi vida había sido desperdiciada. Tan mal le había pegado que ni siquiera salió por la línea de fondo.

Después vinieron los penales.

Y perdimos, claro que perdimos.

* * *

Los de la Alexis festejaron como si hubieran ganado el Mundial, pero con la costumbre del que lo tiene todo: una euforia mínima, medida, coreografiada. Saltaban apenas, se abrazaban a medias, algún padre sacó unas fotos. Nosotros nos quedamos hundidos en el pastito, mirando el cielo más lindo que habíamos visto en nuestras vidas, descubriendo que había algo en el sabor de haber estado a punto de lograrlo que haría que intentarlo valiera la pena. Y que cuando al día siguiente sonara el timbre del recreo largo, un grupo de pibitos que iban a quedar en mi memoria para siempre iban a salir corriendo por el patio ancho de la Modesto y bajo ese sol de infancia que le da calor a todos los recuerdos, alguno llevará una pelota, armará dos equipos y jugará como si nada más existiera, sin saber que a veces en la vida no hay mucho más que eso.

Pero tendrá precaución y, cuando arme la lista de jugadores del torneo próximo, me dejará afuera para ver si nos da el campeonato.

Pequeñas vergüenzas perpetuas

Hay un dicho popular que asegura que de lo único que el hombre no se salva es de la muerte. Yo no sé si estoy tan de acuerdo. ¿Quién puede decir que Lennon está muerto, si sus canciones no dejaron de sonar nunca? ¿Hay alguno que se atreva a sugerir que Frida Kahlo se fue de este mundo con la cantidad de huellas de colores que dejó en las paredes? ¿O hay alguien con el coraje de suponer que Borges está sepultado bajo tierra, incluso cuando sus versos siguen latentes? Entiendo que no. Para mí, de lo único que nadie se salva es de la vergüenza producida por errores de los padres.

Es 1989, tengo ocho años y es septiembre. Por alguna razón que desconozco por completo, Milka —mi maestra de tercer grado en la Modesto— tomó

la decisión de que hiciéramos una obra de teatro basada en «Blancanieves y los siete enanitos», el clásico de los hermanos Grimm, para celebrar la llegada de la primavera. Busco respuestas en la mente de un nene de ocho años y no encuentro por qué razón Blancanieves y los siete enanitos tienen algún tipo de relación con la llegada de la nueva estación. Pero Milka está entusiasmadísima. A poco de jubilarse, siente que la idea de encarnar la historia de la chica que se pierde en el bosque es perfecta: «Gisela va a ser Blancanieves, y necesito siete varoncitos que quieran hacer de enanos», comentó al principio del día. Promediando la mañana, once varones nos habíamos candidateado. Tuve la fortuna de haber sido electo por la maestra con nombre de chocolate. «Nacho, vos vas a ser el último de los enanitos», detalló Milka.

En adelante, el rol de enano se había convertido en una ventaja. Al menos dos veces por semana me iba de la clase para ensayar: «Blancanieves y los enanitos, al salón de actos», repetía Milka y yo me escapaba en medio del montón de caras largas en las que se habían convertido mis compañeritos que optaron por no actuar. «Qué placer ser enano», pensaba entonces.

Los ensayos se repitieron y sabía mi rol a la perfección. En medio de una melodía que se escapaba por el parlante al costado del escenario, debíamos salir a escena en busca de Blancanieves, desmayada al costado del mástil de la bandera. «¡Oh, Blancanieves! ¿Qué ha ocurrido contigo?», repetía Gabriel con acento cordobés infantil. Y comenzaba a sonar la melodía tétrica. Los enanos salíamos a escena y simulábamos salvar a Blancanieves del envenenamiento producido por la bruja. Lo aprendí enseguida. Blancanieves desmayaba, Gabriel se lamentaba y yo salía a escena saltando sobre un pie y el otro de forma alternada, cantando esa melodía pegadiza que conocimos por la película.

Y así estuvimos practicando día tras día, anclados en el deseo exagerado de Milka pero sacando ventaja de la situación. Pero el día del acto todo salió mal. Las indicaciones de vestuario habían sido claras, simples y concretas para cada uno de los siete enanos: «Tienen que venir con un short negro, una remera blanca, medias blancas de toalla». Nunca entendí el porqué. Me harté de buscar —ya de grande— cientos de fotos de enanos en internet y jamás encontré uno vestido así, ni siquiera un domingo de entrecasa. Pero las reglas las ponía Milka.

* * *

Las madres de la década del ochenta tenían un montón de costumbres. Una de ellas, darles algún consejo a sus hijos no bien estaban por cruzar la línea de la calle. Una vez que el pie de alguno de sus hijos cruzaba la línea invisible de la puerta de casa, la madre pegaba un grito, generalmente desde la cocina: «Abrigate que va a refrescar», era un clásico que se escuchaba en todas las casas. En algunos hogares con abundancia había frases más felices: «Lleváte plata para comprar un alfajor», decían ahí. «Avisá dónde vas a estar», figuraba entre los clásicos. Y estaban las madres fatalistas, como la mía: «Ojo por dónde te metés con la bici, no sea cosa que te pase lo mismo que al hijo de Carrizo que lo atropellaron en la Savio y lo tuvieron que velar a cajón cerrado, pobrecito», gritaba. «Laváte las manos después de jugar a la pelota, que hay un brote de cólera en todo el país y no sea cosa que vos seas el primer caso en Río Tercero»; «No te dejes sacar fotos por nadie, que hay una secta de alemanes que están dando vueltas por la ciudad». De todos sus gritos de advertencia, había uno que me intrigaba por sobre los demás: «Lleváte medias

sanas, por si te llega a pasar algo en la calle, no sea cosa que te vean así». No lo pensaba entonces, pero hoy creo que si un colectivo me atropellaba en la calle y me explotaba la cabeza en pedazos, lo único que no iba a importar era que mis medias no estuviesen rotas, fuesen diferentes entre sí o hubiesen sido víctimas de la lavandina.

* * *

El miércoles 20 de septiembre de 1989 me desperté sobre el filo del horario. Me vestí con apuro, agarré el guardapolvos blanco y salí de casa mientras me abrochaba los botones. Las nueve cuadras que me separaban de la escuela las hice trotando, bajo un rayito de sol tímido que marcaba el fin definitivo del invierno.

Entré al colegio y fui directo a la parte de atrás del escenario, donde Gladys guardaba los baldes y los lampazos. Repasamos con velocidad nuestra rutina y nos preparamos para salir a escena. El acto comenzaba a las ocho y media y el número de Blancanieves era la apertura. Lo malo de actuar en el arranque es que los padres todavía no se hartaron del todo y

hay mucho más público que al final. La primavera está sobre la ciudad, los jardines florecen y las señoras empiezan a usar colonias frescas y florales. Y los colegios estatales, esos elefantes de cemento blanco y gris con patios inmensos, se llenan de gritos y de festejos. Mi escuela no iba a ser la excepción.

Esperaba tras bambalinas a que llegara mi momento. Si en esa época ya hubiese empezado a fumar, lo hubiera hecho para aguantar la espera. Gisela ya salió al escenario y está a punto del desmayo. Entonces entra Gabriel, repite su línea, la única señal que tenía para saber cuándo era mi momento. Hice silencio y pude escuchar:

—¡Oh, Blancanieves! ¿Qué ha ocurrido contigo?

Al instante, todos los enanos comenzamos a salir a escena. Me descalcé con velocidad de corredor y empecé a saltar alternando los pies. Apenas estuve sobre el escenario sentí el murmullo. Lo malo de los murmullos es que es imposible pensar que no son para uno. «¿Qué estará pasando?», pensé mientras bajaba la vista, por vergüenza anticipada. Y ahí nomás vi el agujero. La uña de mi dedo gordo derecho había perforado la media. Se asomaba grotesca, como una rata que muestra la trompa desde

su madriguera antes de salir de caza nocturna. Aún no había llegado a rodear a Blancanieves y empecé a transpirar como un sospechoso en el juicio. Desesperado, opté por hacer lo que correspondía: fugarse.

A veces me despierto en el medio de la noche, de cualquier noche. Ro me pregunta si estoy bien y yo le digo que sí, que no pasa nada, que soñé algo raro que no recuerdo. Entonces espero que vuelva a dormirse y me levanto en puntas de pie hasta el cuarto de mis hijas. Las veo dormir serenas, sin el miedo a la vergüenza perpetua. Busco su ropa del colegio, reviso sus medias: están impecables. Entonces vuelvo a dormir en paz, hasta que el sueño trágico me vuelva a recordar que existe algo peor que la muerte: convertirse en recuerdo vergonzoso para todos los demás.

Una foto

—Porque el abuelo estuvo preso.

La que habla es mi abuela, la mejor de todas las que se fabricaron desde Adán y Eva para acá. Rompe el silencio —y también rompe en llanto— cuando vuelve del velorio de Adolfo, mi abuelo, su compañero de vida, que acaba de ser enterrado después de que se lo comiera un cáncer furioso. Yo reviso unos papeles que ella me dio para jugar y distraerme de la noticia de haberme quedado sin abuelo y, entre todos esos papeles, hay algo que nunca había visto: un certificado de antecedentes penales, con algunas palabras que reconozco y otras que descubro. «Fernández, Adolfo; posesión de material prohibido; Penal de Olmos; preso político». Y un par de fotos suyas de frente y de perfil, con rasgos incluso más grises que los que acabo de verle acostado en el cajón.

* * *

—Revisá en el placard de la vieja, seguro que tiene algo.

La idea es de Ramírez, el más joven de los cinco milicos que caminan en la madrugada primaveral del 55 por la casa que mis abuelos se compraron con un crédito blando. En la pieza chiquita duermen sus tres hijos, acurrucados en la paz de la ignorancia: no saben que esta noche su papá se irá esposado y volverá sin ser el mismo. Buscan, buscan y buscan: todo lo que tenga rastros de peronismo es motivo de calabozo. Buscan y no encuentran. Buscan y desordenan. Mi abuela le señala a la bebé: es mi vieja, que vive sus primeras noches y les costó mucho dormirla. Les pide por favor, pero de nuevo el mismo milico joven se lleva la mano a la cintura y le muestra la culata:

—Acá las cosas las decidimos nosotros.

De todos los barrios que se inauguraron durante la primera presidencia de Perón, el Luz y Fuerza de Banfield es uno de los que mejor describe el deseo del gobierno. Casas bajas, techos de tejas, asfalto, agua corriente y baño con bidet: una revolución que enfervoriza al pueblo trabajador, a los descamisados, a los cabecitas negra y enfurece a los pequeños

grupos que concentran la mayor parte de la torta. Ahí vivían mi abuelo y su familia.

Después de haber descartado todos los rastros de peronismo —el carnet de socios de la Cooperativa Luz y Fuerza, los recortes del diario, los libros de filosofía y política peronista—, mi abuelo empezó a dormir con cierta paz. El bombardeo de Plaza de Mayo estaba fresco y la cacería de peronistas era un secreto a voces. A veces algún vecino del barrio contaba que a un amigo de un amigo suyo lo habían chupado. «Se lo llevaron de madrugada, encapuchado como a un criminal, y nadie sabe nada». Y entre agosto y noviembre ese rumor fue creciendo: «Me dijeron que están entrando a los barrios que hizo Perón», advirtió Emilio, histórico vecino de mis abuelos, que colgaba en el living de su chalet un cuadro gigante del general firmado para él: «Compañero Emilio, sea Ud. muy feliz», y el autógrafo del líder peronista.

—Abra el placard, señora —ordenó uno de los milicos.

Tenía la confianza suficiente para hurgar entre las bombachas y las enaguas de una mujer extenuada que venía de parir a su tercer hijo, pero le daba

vergüenza tutearla. Mi abuelo —que todavía no era abuelo ni mío— dijo que no hacía falta, mintió jurando que ellos no tenían nada prohibido, seguro de haber dejado sin rastros de peronismo toda esa esquina de Banfield donde soñó por primera vez con una vida próspera.

—¡Ahí está! ¡Te dije que ella tenía algo! —celebró un milico a los gritos y despertó a la bebé mientras mostraba el trofeo a sus compañeros de cacería.

Mi abuelo la fulminó con la mirada y ella se desarmó de culpa. Los habían descubierto: escondida entre unas revistas de tejido, mi abuela guardaba una imagen de la primera dirigente política que pensó en los de su clase. Ella venía de una infancia compartida con siete hermanos que habían visto morir a su padre muy joven: conocía muy bien las caras más bravas del frío y del hambre.

—Ahora vengo, Isabel —se ilusionó mi abuelo y salió de su casa, esposado como un criminal, apuntado por cinco militares que le decían que obedeciera y que se subiera al camión que le señalaban con un fusil.

Era un viejo Dodge que tenía la caja cubierta con una lona tensa y el escudo de las Fuerzas Armadas

pintado en cada costado. Adentro, dos filas de asientos, casi todos ocupados por los vecinos de mis abuelos y sus expresiones resignadas de «qué va ser…». Ahí se sentó mi abuelo, se acomodó como pudo, pegó la nuca contra la lona y por primera vez se permitió el llanto. Fue un quejido apagado, ensordecido; un espasmo, casi, que pendulaba entre la angustia de la incertidumbre y la bronca de la estupidez: «Por una foto de Evita», se lamentó. Pensó en sus hijos: el más grande todavía no tenía ni diez años. La más chica era una bebé. «¿Volveré a verlos?». De pronto, algo lo sacó del diálogo interno.

—Mirá qué colección de hijos de puta trajeron, eh —gritó el que maneja mirando el espejito retrovisor.

Mi abuelo se resignó, bajó la cabeza. No tenía fuerzas para pelear ni para discutir. Antes de que el camión arrancara y empezara a ver a Banfield alejándose, escuchó a Miranda, el más peronista de todo el barrio, que subió con una sonrisa gigantesca. «Llegaron los soretes al barrio, si se quedan dos minutos más, se vuelven compañeros», gritaba en voz exageradamente alta mientras miraba a los ojos a cada milico. Uno de ellos le dijo que hiciera silencio,

pero Miranda era Miranda y no solo no hizo caso, sino que empezó a cantar la marcha y antes de llegar a la parte del «todos unidos triunfaremos» se comió el primer machetazo de varios. «Y para el próximo también hay», advirtió el milico que lo golpeó.

Nunca volvió al barrio Miranda. Sus hijos crecieron sabiendo que era viajante y que lo habían trasladado varias veces, que cada vez que llamaba para ver cómo iban las cosas, ellos estaban justo en el colegio. A veces recibían cartas de su papá, le había cambiado un poco la letra porque vivía apurado. «Trabaja mucho, papá», dicen que decían los hijos de Miranda.

Entonces el camión arrancó y se perdió en medio de una noche que estaba a punto de llegar a su fin. Y cuando el silencio gobernó los ruidos del barrio, se asomaron, una a una, las mujeres de todos esos hombres con destino de calabozo y ahí sí, rompieron en llanto, se consolaron, se cargaron las culpas y se convirtieron en una red para ayudarse entre todas.

Los días y las noches comenzaron a parecerse. Como sucede con todas las desgracias del mundo, la rutina asomó como el tallo que crece en medio del cemento. En algún momento las cosas encuentran un orden, un sentido y, sin que nadie se dé cuenta

ni cuándo ni cómo, todo funciona otra vez: las flores se abren, la luna brilla en la penumbra, los pájaros cantan, los niños se ríen y los hijos de puta se multiplican. La cacería de personas sacó del estado de excepción lo que pasó con mi abuelo y lo volvió tema de conversación de almacén: «¿Te enteraste del marido de Teresa? También lo chuparon».

Las mujeres de Luz y Fuerza iban y venían de comisaría en comisaría queriendo saber qué había pasado con sus hombres: ¿dónde estaban? ¿Quién los tenía? ¿Qué les habían hecho? ¿Estaban bien? ¿Los lastimaron? Los vieron irse con sus caras grises y tristes y no tuvieron novedades en más de noventa días, en los que su ausencia creció tanto que ya no había más lugar para soportarlo. Pero entonces llegó un telegrama firmado por Natalini.

Luis Natalini fue un histórico dirigente de la CGT, surgido de Luz y Fuerza, a quien le había llegado la noticia: más de treinta jóvenes de Banfield habían sido chupados por los militares.

«Estimadas mujeres del barrio Luz y Fuerza: les escribo para llevarles tranquilidad: todos están bien. Pasaron un tiempo en Olmos, pero esta noche serán liberados.

Un afectuoso saludo. Luis».

La carta de Natalini la recibió mi abuela, que había sido quien se contactó a través de un cuñado suyo con el dirigente. Cuando el correo tocó el timbre, reunió a todas las mujeres del barrio en el living de su casa e hicieron una ronda. Se pasaban la carta una a la otra y la iban mojando, cada una con sus lágrimas. Esa noche hubo festejo, prepararon pizzas y pastas para los más chicos. También compraron algunas botellas de vino para cuando volvieran los hombres: el regreso parecía inminente.

Después de comer, sacando provecho de la bondad del verano y de la época, armaron una fila larga de reposeras en la vereda y entre mates, con la vista clavada en el horizonte, fueron matando el tiempo.

A las cuatro y veinte de la mañana asomó un camión a lo lejos. Algunas se entusiasmaron, otras pidieron cautela. A medida que se acercaba se hacía más estridente: empezaron los guiños de luces y los bocinazos; también se escuchaba el murmullo de la marcha, cada vez más fuerte.

«Todos unidos triunfaremos
y como siempre daremos
un grito de corazón
¡viva Perón!
¡viva Perón!».

Y entonces sí: «Despierten a los chicos y pongan de nuevo la mesa», gritó mi abuela y empezaron los festejos. La esquina de esa casa de Banfield fue el punto de reunión. Uno a uno fueron bajando los hombres, estrenando su libertad y se reencontraron con sus familias, sus lugares, sus recuerdos. Saltaban en círculos y se mostraban las cicatrices: nunca hubo tantos abrazos en esa esquina como aquella noche.

* * *

Agachó la cabeza, mi abuela, mientras me contaba con detalle cuánto pesaba irse a dormir sin saber nada de su compañero o cuánto dolor provocaba decirle a un hijo que su papá estaba de viaje y que volvería pronto, aunque no tuviera ninguna certeza.

Entre los papeles que revisé esa mañana de diciembre en que volvimos del cementerio donde

enterramos los restos de mi abuelo, había un sobre y en ese sobre, una carta que decía estar firmada por Natalini.

Levanté la vista y busqué la mirada de ella, una mujer que acababa de romperse al medio y que guardó, estoica, el secreto más incómodo de la vida de mi abuelo hasta que nadie pudiera preguntarle nada. En muchas de las noches de ese medio siglo en que estuvieron juntos, mi abuelo soñaba y repetía en voz alta: «Ramírez». Mi abuela nunca supo cuánto lo habían torturado. Pero la huella de esos años lo acompañó toda la vida. Y ahora, en esta mañana triste, parece haber llegado al final: ya no habrá que sentir vergüenza por nada.

Y por primera vez nos cuenta.

Cursia

Doce años tenía cuando llegué a Lomas y me di cuenta de que era huérfano: de amigos, de lugares, de olores comunes y, sobre todo, de respuestas para los problemas de todos los días. ¿A qué panadería voy a comprar si no es la de Cerutti? ¿Quién va a cortarme el pelo cuando crezca si no es Dorita? ¿Dónde voy a emparchar la rueda de la bici si no es en El Cairo?

De a poco, esas dudas se fueron enjuagando y encontraron respuestas. Pobres, pero respuestas al fin. Los domingos iba a comprar pan a El Mortero, una panadería víctima de la posguerra hiperinflacionaria, atendida por una madre y sus tres hijos totalmente desganados.

Con la bicicletería zafé un tiempo más, pero apenas empecé a pedalear por las calles desconocidas y empedradas, reventé una cubierta. Pregunté a mis

amigos nuevos y me recomendaron que fuera a lo de Cacho Resano, un viejo bicicletero de barrio que abría su taller en el fondo de una casa descascarada a la que había que llegar después de golpear un rato las manos y despertarlo de la siesta.

Fui. Seguí todas las instrucciones, encontré la casona tapada por una parra anárquica y deliberadamente descuidada y, después de aplaudir un rato y de gritar con mi voz infanto-cordobesa el nombre Cacho, apareció desde el fondo. Primero él, una mezcla dadaísta entre Carlos Menem en su época de caudillo riojano y preso político con las imágenes que venían en la *Anteojito* para representar al hombre de Neandertal: los pelos convulsionados, las patillas exageradas, la mirada perdida, una remera mordida por un ataque de polillas, una soga alrededor de la cintura para que no se le cayera el pantalón con manchas de lavandina y una notable alergia al agua y al jabón. Harapos. Y, detrás suyo, un segundo después, asomó un señor más convencional, peladito, acomodándose un poco la camisa adentro del jogging.

Cacho preguntó qué quería sin decir una palabra, apenas levantando la pera al cielo, con un gesto

universal que significa «¿qué carajo querés, pendejo?». Y yo, nene criado a base de campo, inocencia y aire de montaña, todavía no conocía la seña, así que lo saludé con ternura.

—Hola. Usted debe ser Cacho, ¿no? Mis amigos me dijeron que tiene bicicletería y que…

—Pasá.

No me dejó terminar, se acercó a la puerta de rejas que le llegaba hasta la cintura, abrió de par en par y, señalando la bici otra vez con el mentón, me ordenó:

—Llevá la máquina para el fondo que vemos qué tiene.

Aprovechando la puerta abierta, el pelado saludó a Cacho con un beso en la mejilla y se fue.

—Chau, Cachito.

—Chau, Ramón.

* * *

A Ramón le dicen Reymon. Reymon Diez, en realidad, un apodo que parece surgido de un juego de palabras con Ramón Díaz, gloria de River, pero en realidad responde a una leyenda urbana que cuenta

que Ramón —Reymon— se desnudaba con cualquiera que le diera diez pesos. Entonces, Reymon Diez.

* * *

—¿Qué le pasó a la máquina? —preguntó Cacho, ya desperezándose. Los huesos le marcaban algún quejido cada tanto.

—Se me desinfló la cubierta. ¿La podrá inflar usted? —quise saber. Todavía no tuteo a los adultos.

—Vas a tener que ponerle una cámara nueva —me ordena.

Le digo que no, que no puedo. No tengo plata. Acabamos de llegar a Buenos Aires, mi viejo lleva algunos meses diciendo que tiene un trabajo que no le gusta y que le pagan poco, pero en realidad se escapa de casa todas las mañanas, recorre algún puesto de diarios que le preste los clasificados para ver si consigue algo y hace tiempo durante el día, paseando la pena de haber caído en la red del desempleo de la década mientras se demora para volver con algo de cansancio que le provoque dignidad.

Ser hombre, adulto, padre de familia y llegar a casa cansado de trabajar: el norte con el cual

crecimos todos los que nacimos en tiempos analógicos. Nunca en una sobremesa en mi casa alguien dijo: «Che, quizás el sistema en el que vivimos es una mierda, ¿no?». No; no ser, no hacer, no servir.

Cacho no conoce mis penas ni tiene por qué conocerlas. Me ofrece inflarla gratis las veces que quiera, y acepto. Y así serán los próximos días hasta que pueda conseguir algo de plata para cambiar la cubierta.

Cada vez que voy, la escena se repite. A veces lo veo a Cacho dándole billetes de diez a Reymon y sospecho que es su empleado, aunque nunca lo veo desarmando bicicletas ni con las manos engrasadas por alguna cadena o algún piñón.

Pero esta vez es diferente: vengo de merendar con mi abuela Isabel, la persona más hermosa del mundo. Antes de irme abre un monedero que lleva con ella a todos lados y me da un billete de cincuenta: yo nunca vi un billete así de cerca. Una vez en la tele, creo, pero en persona nunca. En mi casa nunca tuvimos uno. Me cuenta que es un regalo, que había cobrado una plata de unas acciones de YPF de mi abuelo Adolfo y que quería darme esa plata para que me comprara algo que me gustara mucho.

Cincuenta pesos en un solo billete.

Le doy un abrazo, le agradezco y me voy corriendo hasta mi casa a buscar la bicicleta. La cámara nueva sale ocho pesos; todavía me sobran cuarenta y dos. Voy a lo de Cacho, dejo pasar a Reymon que sale acomodándose la camisa mientras yo llego. Entonces le cuento:

—Cacho, tengo la plata para cambiar la cámara —y le muestro el billete de cincuenta con la cara de Sarmiento inmaculada. Parece más joven, incluso.

Cacho se para de golpe, se acerca más que nunca y me dice que, ya que estamos, vamos a revisar bien la máquina. «Ponela ahí», me ordena.

Yo hago caso y me siento abajo de la parra para verlo trabajar. Manoteo un racimo de uvas chinche y desobedezco la advertencia que me hizo quinientas veces: «No comas esas uvas que te va a dar una cursia», repetía. Yo no sabía —ni supe hasta comprobarlo empíricamente— qué era una cursia. Y, mientras comía las uvas a montones, me dio la mala noticia:

—Pibe, hay que cambiarle la caja, mirá cómo se mueve esto —me alertó sacudiendo los pedales de la mountain bike y vi que se movían demasiado—. Si no arreglás esto, te vas a matar.

—¿Cuánto cuesta arreglarla?

—Cuarenta y dos pesos.

«Chau, Sarmiento», pienso y, con la ingenuidad de ese nene de doce años criado en un pueblo, le digo que tengo mucha suerte porque es justo la cantidad de plata que tengo. Cacho se relame, se pasa los índices por la lengua y se acomoda en las patillas. Pienso ahora que estaba yéndose mentalmente a la idea de saberse dueño de cinco encuentros con Reymon con esos cincuenta pesos inmaculados. Le digo que sí, que la arregle.

—Vení a buscarla mañana, pagáme ahora.

Le dejo el billete, camino hasta casa sin saber por qué me siento derrotado. Hay algo adentro mío que me hace pensar que me cagaron, pero no me doy cuenta: en ese punto de la vida, de mi vida, la inocencia está intacta. Pero, por las dudas, no cuento nada: ni que vi un Sarmiento de cerca, ni que me lo gasté, ni que arreglé la caja de la bici ni nada.

—¿Cómo andaba la abuela? —preguntó mi vieja.

Yo le dije que bien, que me había cocinado una pascualina sin muchos más detalles y me encerré en el cuarto a mirar las horas pasar hasta que llegara el momento de ir a buscar la máquina para perderme a toda velocidad por las calles de esta ciudad nueva,

toda por descubrir, donde empiezo a perder la piel de la infancia y abro paso a los callos de la juventud.

* * *

Treinta y siete grados dicen en la tele. «Ola de calor récord». Las vacaciones de verano vienen siendo eternas, como pasó siempre que no hay plata ni pelopincho ni pariente con pileta ni nada. Apenas una sombra en el fondo de la casa que alquilamos y una manguera por donde sale el agua medio tibia, medio tímida. La panza me explota. Pero es la hora de ir hasta lo de Cacho, así que camino esa cuadra y media que nos separa, golpeo las manos, veo a Reymon asomarse y atrás, otra vez, el viejo, atándose la cuerda que le ajusta el pantalón desteñido. «Pasá, pibe», me grita desde el fondo y yo hago caso. Dejo pasar a Reymon y entro a buscar la bici: está flamante. «Le pegué una lavada, de paso», me informa.

—Ahora disfrutala, pibe —me ordena y yo salgo como un toro del corral: me pedaleo encima, estoy muerto de ganas de recorrer cada esquina, de conocer calles, de hacer willy y que me salga mal. Encaro por Paso hacia Pavón. En Lomas las calles tienen

pendientes pronunciadas. Así que las primeras dos cuadras voy pedaleando parado para agarrar velocidad: soy imparable, no siento culpa por la muerte prematura del billete sarmientino, disfruto del acierto de haber gastado todos mis ahorros en mi medio de transporte, el viento fresco me pega en la cara y me vuela un poco el pelo: soy un jockey montado en una bicicleta en el corazón de un hipódromo imaginario del sur del conurbano.

Hasta que siento el crac.

Las puntadas en la panza se están volviendo más agudas. Ocurre justo en el momento en que estoy pasando por la agencia de quiniela a toda velocidad. Como tuve que frenar en la esquina, quiero recuperar velocidad y por eso vuelvo a la carga parado sobre los pedales. Lo aprendí en los Bicivoladores y no abandoné la técnica nunca más. Y entonces los cuarenta y dos pesos que usé para arreglar algo que no estaba roto se me ríen en la cara: la caja se desarma, los dos pedales quedan colgando hacia abajo al mismo tiempo y salgo volando varios metros hasta desarmarme contra el asfalto. Golpeo con el hombro derecho y el brazo se estira como si fuera una rama verde de un árbol joven luchando contra el viento de

un tornado. Caigo seco. Pum. No lloro, no giro, no me muevo. Un auto me esquiva, una vieja se agarra la cabeza pensando que me atropelló. Quiero levantarme, pero el brazo no me funciona. Con el otro, como puedo, me agarro la panza que aumentó en dolor y en puntadas y entonces conecto las uvas con la palabra cursia, advertencia de Cacho Resano antes de salir a las pistas. Y conecto, también, los cuarenta y dos pesos perdidos en la caja desarmada con los pedales desparramados sobre el asfalto. Y pienso en que todavía falta la etapa larga de pasar un verano a media máquina, como tantos otros anteriores y tantos otros que vendrán. Y entonces, como en esas películas en las que el alma sale del cuerpo y con algún efecto especial berreta vemos que algo blancuzco abandona al muerto, así veo escaparse, para siempre, los restos de una inocencia que no debió acompañarme hasta esta tierra donde, para sobrevivir, hay que empezar por desconfiar de todos.

Siam

Yo quería tener miedos normales: con eso me conformaba; la pinchadura de una pelota, que dejaran de pasar a *He-Man* en la tele o que los Reyes Magos se olvidaran de la dirección de mi casa. Pero no: el terror máximo para mí siempre fue y será la existencia de los hermanos Chang y Eng, dos tipos de ojos chinos y cara extraña, unidos el uno al otro como si los hubieran pegado con La Gotita. Ese miedo —exclusivo y paralizador— siempre me hizo sentir único.

Recuerdo con mucho detalle las estanterías en las que mis viejos guardaban sus libros. No eran lectores voraces, pero tenían cierta cantidad, apilados uno sobre el otro, que se convirtieron en mi primer contacto con la literatura de oferta. Ahí encontré títulos ridículos y adictivos: *El misterio de las pirámides; La estirpe del dragón; Amígdalas: ¿por qué operarlas?*;

y muchos otros. Y entre esa cantidad de hojas y tinta derrochada, había un libro gordo que me hacía cagar en las patas.

La portada había sido ilustrada con un retrato sepia de los primeros hermanos siameses de la historia. Ahí se podía ver a dos chinitos —que en realidad habían nacido en Siam, una palabra que solo conocía por las heladeras—, vestidos de traje y corbata y unidos por una tira de carne del tamaño de un matambrito que les salía a la altura del estómago. Recuerdo que cada vez que me topé con ese libro daba vuelta el lomo para no cruzarme ni con el título.

Pero lo peor estaba adentro del libro. Toneladas de dibujos y fotos antiguas en donde se podía ver a los siameses en situaciones cotidianas: comiendo fideos, paseando un animal exótico, tomando el té o fumando, todas cosas de chino, siempre pegados el uno al otro.

El libro dormía siempre en la biblioteca de arriba en una de las casas donde pasé la infancia. Para llegar al baño, por ejemplo, tenía que cruzar por delante de esa torre de libros y yo estaba —y hubiese seguido así para siempre— dispuesto a mearme y cagarme encima todas las veces que hiciera falta para no

cruzar la mirada con esos cuatro ojos con forma de ranura. Pero, de alguna forma que no comprendo y que en psicoanálisis lo llaman represión, llegué a la pubertad casi sin traumas provocados por los buenos de Chang y Eng.

Muchos años más tarde, en época de pubertad y menemismo, supe que algo estaba mal. Algo más estaba mal, quiero decir. Fumábamos y tomábamos mate en la casa del Tola, totalmente arrasados por los noventa y la evaporación de lujos y confort, cuando el Nívor propuso jugar al tutti frutti, pero sin usar las columnas tradicionales: «Nada de Nombres, Frutas y verduras, Animales y todas esas boludeces». Estábamos hartos de caer en la letra K y de decir kiwi, o en la E y coincidir en elefante. Entonces hicimos columnas particulares: Canales de televisión que pasan películas con posibilidades de ver películas de terror japonés; Hijos de mil putas que habría que colgar en la Plaza de Mayo; Clubes de fútbol con camisetas a rayas verticales; Miedos absurdos que no confesamos, entre otras.

La ronda venía normal hasta que salió la H. El Nívor empezó la mímica y yo grité basta.

—Hache —dijo desanimado.

La letra muda siempre fue resistida en el tutti frutti, pero tomamos coraje y la usamos.

—HBO Olé —dijo el Tola y todos retrucamos.

—¡¿Cuándo viste una película asiática en HBO?!

En mi turno, empecé a leer las palabras que había llegado a completar. Y en la parte de los miedos absurdos, confesé:

—Hermanos siameses.

Y entonces se hizo el silencio más espeso que recuerdo.

Supe que no estaba del todo bien lo que decía mientras pronunciaba las últimas letras. Los ojos del Tola se volvieron dos huevos duros. El Nívor estaba boquiabierto y no entendía nada. Para mí era absolutamente normal. «¿Cómo se puede vivir sin miedo a los siameses?», pensé y, un poco avergonzado, fingí unas tareas atrasadas y me fui para mi casa.

Llegué perturbado y dispuesto a enfrentar la situación: era la hora de la cena —una forma de decir, en realidad— y mis viejos compartían un mate con unos bizcochitos de grasa que hacía mi vieja y siento que, ahora que lo pienso, deben haber sido los culpables de mi hipertensión temprana. Me senté entre

medio de ellos, alrededor de una mesa redonda lastimada como su matrimonio y los encaré:

—¿Che, por qué tenían ese libro? —quise saber.

Mi viejo carraspeó un poco, hizo una pausa corta como para largarse a explicar y miró de reojo a mi vieja, pero tragó saliva y se refugió en el silencio. Mi vieja, en cambio, usó un recurso que tenía siempre a mano y que la acompañó hasta que se murió. Pronunciaba palabras encadenadas, una atrás de la otra, que no solo no contaban nada, sino que solo servían de relleno:

—Nada, en cambio, cómo decir. Resulta que... fue hace un tiempo… ¿vos no te acordás, Jorge?

Nada. Evitaban las respuestas, hasta que mi viejo se hinchó las pelotas y no toleró más la incomodidad:

—¿Qué libro?

Y entonces exploté: me paré de golpe como hacía siempre el adolescente enojado que fui y comencé a sulfurarme:

—El de los siameses. ¡Cómo pueden haber comprado ese libro! —protesté a los gritos.

Mis viejos se miraron con una complicidad que yo no les conocía. Fue uno de esos momentos en que uno se ve reflejado en el otro y sonríe apenas.

—¿Los siameses? —repitió mi vieja y comenzó la carcajada.

—¡¿Los siameses?! Lo habíamos comprado para guardar guita —explicó mi viejo.

—Necesitábamos un libro que nadie quisiera tocar —agregó mi vieja mientras escupía el mate.

Todavía se reían cuando me fui puteando en voz baja a mi pieza y después me hundí boca abajo en mi cama de soltero a pensar cómo se construye un miedo.

Ahora acomodo una pila de libros que se fueron subiendo conmigo a cada camión de mudanzas una vez tras otra. Y ahí están: los dos hermanos de ojos rasgados mirándome, desafiantes. Entonces sé que tengo que actuar ya mismo: salir corriendo a comprar fósforos, arrancar la fogata e impedir la tragedia antes de que alguna de mis hijas hurgue demasiado entre los libros de su papá y repita la historia.

Zeta

La crisis de 2001 llegó antes a mi casa, como el año nuevo que llega primero a Australia. Yo tenía dieciocho años y empezaba mi tercer laburo. Ya había recorrido todo Lomas de Zamora de punta a punta repartiendo pizzas en una zanellita y después fui cadete de una casa de revelado de fotos. Iba y venía de una punta a la otra de Buenos Aires durante todo el día, del tren al colectivo, del taxi al premetro. Pero ahora, por primera vez, había pegado un buen trabajo. Leí el aviso en los clasificados de un *Clarín* que apareció en mi casa: «Gran empresa de insumos gastronómicos busca dibujante proyectista con conocimientos de autocad» y me puse a escribir una carta interminable explicando por qué el puesto tenía que ser mío. Diez días más tarde, sonó el teléfono fijo:

—Hola, ¿Ignacio? Soy Rocío, la secretaria de Gustavo, te llamo para coordinar una entrevista de trabajo.

Al día siguiente me disfracé con saco y corbata, busqué la dirección en la Filcar y fui. Era en Constitución. Me recibió Rocío, tendría la misma edad que yo, pero ya no le brillaban los ojos con la incredulidad de la adolescencia.

—Ahora lo llamo a Gustavo —me dijo—, ¿querés un café para esperar?

Le agradecí el gesto, pero le dije que no hacía falta: no tomo café ni como fideos con tuco si estoy con camisa blanca.

—Hola, Ignazio, ¿cómo eztáz? —me saludó Gustavo al mismo tiempo que plegaba el movicom y lo guardaba en el bolsillo del saco—. Pazá, pazá, charlemoz un rato.

Empezamos a conversar, le conté todo lo que había aprendido en el colegio industrial, mis destrezas con el autocad, exageré algunos conocimientos que no tenía y exalté algunas virtudes que sí. Enseguida me habló de plata, de progreso, de viajes, de proyectos y me estrechó la mano como en una de esas propagandas en las que un tipo le vende un auto a otro.

—Empezáz mañana mizmo, ¿te pareze?

Me pareció. Volví a casa colado en el Roca, porque no tenía cómo pagarlo, y caminé las treinta cuadras que separaban la estación de Lomas de mi casa. Y cuando llegué, le dije a mi vieja que había que festejar, y se puso a amasar unas pizzas finitas: con un kilo de harina llegaba a hacer ocho en el 1 a 1.

En la cena les conté a mis viejos que la cosa iba a cambiar: iba a ganar lo mismo sentado en la compu dibujando planos que mi viejo manejando catorce horas el remís. Si existiera una foto de ese momento de enero de 2001 con mi familia brindando, diría en el dorso: «Felicidad: nos salió una bien - Enero, 2001».

* * *

Dibujo planos durante diez horas por día. De lunes a sábados. Me prometieron un sueldo de novecientos pesos y tengo dieciocho años: me como el mundo entre dos panes. Cada tanto charlo con Enrique, un viejo lobo del oficio que comparte oficina conmigo y está desesperado esperando que llegue la edad de jubilarse o de morirse, nunca me termina de quedar del todo claro. Pero, solapadamente, me transmite

sabiduría: «Tenés que cuidarte de tres hijos de puta acá: Gustavo, Raúl y Silvina», me dijo el primer día.

Y tenía razón.

* * *

Mi escritorio tiene detrás un ventanal redondo gigante, de unos tres metros de diámetro y a través suyo se ven mi nuca y mi monitor. En la oficina de atrás, donde está el ventanal, trabaja Gustavo, uno de los tres hermanos que llevan adelante esta empresa que pegó el salto y es, en los papeles, una gran empresa, pero en la organización, una verdulería.

Todavía confío en ellos, aunque mucho más seguido de lo que me gustaría suena mi interno:

—¿Ignazio? ¿Podéz venir un zegundo?

Giro la cabeza y hago contacto visual sin cortar. Me hace así con la manito.

—Zí, zí, vení un zegundo.

Voy. Todavía tengo algo de entusiasmo por recibir el llamado de quien manda. Imagino cruzar esa puerta maciza que separa nuestras oficinas y que empiecen a materializarse las promesas de la entrevista: los viajes, el progreso, la guita.

—¿Voz zabéz uzar un ezcáner y editar fotoz? Porque ezo dezía tu currículum…

Le digo que sí, y entonces me pide que lo ayude a arreglar un cheque.

El arreglo es para engañar al padre, que levantó esta empresa de la nada, pero ahora está en retirada. Hay que ponerle algunos ceros más, me pide, si no se va a amargar porque todavía no entró toda la plata del pago de un cliente. Yo todavía soy ingenuo y lo ayudo: «Listo, ahora dice ocho mil donde decía ochenta». Quiere abrazarme, pero se contiene: juega a ser jefe.

—Graziaz, Ignazio… muchaz, muchaz graziaz.

* * *

Todas las palabras que pronuncia Gustavo tienen una zeta. Nadie se lo dice, nadie habla de eso: hay un elefante en el corazón de la empresa que nadie quiere dejar al descubierto. Si no fuese quien toma las decisiones, alguien tendría que haberle puesto un buen apodo, pienso, pero nadie se tienta cuando Gustavo habla, nadie hace un gesto cuando se va, nadie flamea a sus espaldas una espada imaginaria del Zorro buscando complicidad.

Nadie, excepto Raúl, el menor de los tres hermanos, vendedor líder de la empresa, el que cierra todos los negocios, el que es irresistible, el único —además de Gustavo— que tiene un Movicom en la cintura y hace llamadas desde ahí todo el tiempo. Raúl viaja. Siempre viene de un viaje, siempre está llegando o yéndose a lo de un cliente. Siempre finge un apuro. Todo lo que rodea a Raúl es mentira, pero todavía no lo sé. Gustavo le tiene pica —me cuenta el propio Raúl—, pero lo necesita:

—Imaginate ir a vender algo con este pelotudo y que se ponga a decir todo con zeta… cozinaz, tuberíaz, cañoz, contratoz, zalarios, prezupuezto… —La lista sigue y la risa de Raúl flota en el aire cuando entra a la oficina Silvina, la menor de los tres hermanos.

Silvina maneja la caja de la empresa. La semana próxima voy a cumplir un mes acá adentro y tendría que irme a casa con un sobre con novecientos pesos, como habíamos quedado en la entrevista.

—¿Vos ya pediste adelanto? —me pregunta Enrique mientras me convida un mate espantoso con chuker.

—¿Qué es un adelanto?

Soy cachorro, lo sé. Pero parece que acá la cosa viene más o menos así: algunos días antes de la fecha de cobro, hay que pedir adelantos de sueldo. La empresa paga mal. Siempre pagó mal. Con todos los gobiernos pagó mal, es algo genético. Pero quedó por costumbre que los empleados fueran a mendigar su sueldo en cuotas. Y a Silvina le encanta ser quien suba o quien baje el pulgar.

—¿Yo gano novecientos, cuánto pido? —le pregunto a Enrique.

—Vos tenés que pedir todo y ellos después van a decidir cuánto te dan…

Hago un papelito con vergüenza y se lo llevo a Silvina en un sobre. Adentro dice que solicito que por favor me adelanten 450 pesos de mi sueldo de enero. Me dio vergüenza pedirles todo. Silvina lo abre delante mío y sin dejar que me fuera, me dice:

—Ignacio, vení. Este es tu primer mes, así que te vamos a adelantar el total.

Y me da un sobre cerrado que, cuando por fin llegue a mi casa, me saque los zapatos y el traje y me dé una buena ducha, sabré que dentro tiene solo seiscientos pesos.

Mi vieja me dice que fue un error, que me quedara tranquilo. Mi viejo, categórico, grita desde el lavadero donde limpia unas zapatillas con las que acaba de pisar mierda: «¡Te cagaron!», sin que se le mueva ni medio pelo del bigote. Y agrega: «¡Y si no pataleás te van a cagar toda la vida!».

Algo de razón tiene.

* * *

Llevo varios meses intentando hablar con Gustavo: vengo cobrando seiscientos pesos por mes, en cuotas. A esta altura me deben más de dos mil.

—Zí, ya zé, Ignazio, pero ezo lo tenez que ver con Zilvina.

Silvina me dice que Raúl le dijo que yo tenía que ganar seiscientos y Raúl no me atiende el movicom desde hace varios días. Pasa sus tardes en la planta que Renault tiene en Córdoba: está por abrochar un negocio enorme para la empresa.

Pero hoy Raúl aparece, llama a sus hermanos a la oficina de Enrique y, reunidos todos ahí, nos da la buena nueva: «Gustavito, Silvi, Enrique, Ignacio… delante de ustedes tienen la llave de oro: ¡cerré lo de

Renault!», exagera y mientras todos lo felicitamos, yo hiervo de furia porque me siguen pedaleando el pago de mi sueldo.

Mi vieja me aconseja que cuide el laburo, que está jodido, que no está mal, que a lo mejor no entendí bien porque el señor que me contrató habla mal y mi viejo, pedagógico, dice que si no reclamo lo mío soy un pelotudo. Así que me voy enroscando durante toda la noche.

* * *

—¿En serio vos sabés hacer esto, nene?

Raúl no puede creer que yo sepa hacer renders en autocad y dibujar como dibujo, se agarra la cabeza, me quiere hacer firmar un contrato de exclusividad y explotación permanente para la empresa. «¿Vos sabías, Gustavo? Nos podemos ahorrar toda la guita del estudio de arquitectos», propone delante mío como si yo fuese un mueble. Y sigue: me cuenta con detalles la obra del comedor de Renault, cómo se lo imagina, por qué, la cantidad de miles y miles de pesos que va a ganar la empresa —él y sus hermanos, en realidad, el resto no— y, mientras todo pasa, le

digo que se me ocurrió una idea. Saco papel y lápiz y hago un croquis:

—Yo pensaba —digo con timidez— que a lo mejor podemos hacer el salad bar así.

Un salad bar es esa cosa que se popularizó entre los hoteles con desayuno incluido, las películas de universidades yankees y los tenedores libres chinos que inundaron el país en los noventa: una suerte de mesada llena de platos diferentes por donde uno va pasando con la bandejita y se sirve cuatro ravioles, seis albóndigas, dos duraznos en almíbar, medio flan con dulce, una tortilla fría y un pedazo de carne rebozada que no sabremos nunca qué es.

—Entonces te tengo que explicar la idea que tuve —sigo—: imaginate si les hacemos el salad bar con el logo de Renault. A nosotros nos cuesta lo mismo, ¿pero vos sabés qué contentos se van a poner en la empresa viendo eso? Aparte desde las oficinas de los directores se ve el comedor, así que van a tener un logo gigante de Renault todo el tiempo a la vista…

Raúl está al borde del llanto: sabe que la estupidez que le acabo de proponer no solo es una buena idea, sino que la va a vender a cualquier guita. Gustavo no pronuncia ni una zeta. Cruzan miradas,

Raúl me pide el borrador que dibujé y lo manda por fax a la planta de Córdoba: media hora más tarde, estamos celebrando.

—¡Lo aprobaron, boludo, lo aprobaron! ¡Qué gran idea tuve! —repite temblando de alegría.

Enrique lo escuchó:

—Dijo tuve, ¿no?

Yo hago silencio. Solo estoy esperando que termine el viernes para ver cuánto me adelantan de la plata que me deben e irme a mi casa a pasar tiempo con mis amigos y mi familia, tocar la guitarra, dormir…

—Dijo tuve, ¿no? —insiste Enrique.

—Dijo tuve… —me resigno.

Por primera vez desde que trabajo acá, Enrique se pone de pie enojado y viene a cuchichear a mi escritorio. Está cansado; tendrá setenta, pero parece tener veinte más, por lo menos.

—Es tu oportunidad, nene —me advierte Enrique.

* * *

Jueves 29 de noviembre, 2001. Llego a mi oficina a las siete y media, como todas las mañanas. Tengo llaves y un papel con el detalle de todo lo que me

deben: 2.475 pesos. Trabajo contrarreloj para tener listo todo para la gente de Renault. Raúl viaja mañana a primera hora a Córdoba.

—Dejale todo lizto a Raúl para el juevez, que va a pazar a última hora y zale temprano de aeroparque el viernez —me dijo Gustavo ayer.

Le digo que no hay problema, pero que necesito que me paguen todo lo que todavía no me adelantaron.

—Y me gustaría que el proyecto llevara mi firma, no fue idea de Raúl —le propongo desde la insolencia de mis dieciocho años. Enrique me mira cada tanto, arquea las cejas: «Qué va' ser…», piensa el viejo mientras se toma el mate doce mil del día.

A las tres, Silvina vuelve del banco con plata. Le doy media hora y voy fingiendo espontaneidad:

—Ah, hola Silvina, mirá, yo fui anotando… —pero no llego a terminar la frase que me frena en seco:

—Acá está todo lo tuyo —me dice con cara de arrepentimiento y me da un sobre.

Vuelvo a mi escritorio con esa sensación espantosa de languidez que queda cuando uno está dispuesto a pelearse y el otro lo desactiva. Dejo el sobre en

el cajón y me pongo a terminar detalles de los planos de Renault. Raúl llama cada tanto para ver cómo venimos. Gustavo se pasa toda la tarde mirándome fijo por el ventanal.

Cerca de las seis, cuando todas las computadoras y las máquinas de la empresa empiezan a apagarse, yo todavía tengo para un rato: me faltan algunas cotas y quiero que todo salga perfecto. Voy a buscar un café y sigo. Se hacen las siete. Las ocho. Gustavo mira atento, yo trabajo con concentración de relojero y cuando por fin termino, el reloj de la pared dice que son las ocho y cuarenta de la noche. Agarro mis llaves y el sobre del cajón: lo siento flaco, sentí intriga por abrirlo todo el día, pero ahora no puedo contenerme: abro pensando encontrarme los 2.475 pesos pero no. Hay un cheque a ciento veinte días por mil pesos y cuatrocientos pesos en billetes de cincuenta.

Hiervo.

Vuelvo a mi escritorio: Gustavo es el único que queda en toda la empresa, siento su mirada apuñalándome la nuca, finjo un olvido, le hago un gesto, me devuelve otro: «No paza nada, Ignazio», dice con señas. «Hasta cuando hace señas habla con la zeta

el hijo de mil putas este», pienso. Prendo la computadora echando humo, siento la adrenalina de la venganza recorriéndome todos los poros. Pienso en los brindis al pedo, en la sonrisa de mi vieja que se va a desdibujar en cuanto llegue, en el «yo te dije» de mi viejo apenas ponga un pie en la casa, en todas las cosas que iba a hacer con esa guita que ahora no existe, pero la decisión está tomada. Entro al sistema, escribo:

```
format c:
```

«Tengo copias de todo en casa», pienso. Aprieto «enter» con la boca seca. El monitor me devuelve una pregunta retórica, un formalismo:

```
are you sure?
```

Le digo que sí, con la satisfacción de la justicia en las yemas de los dedos y ahora sí, me llevo dos dedos a la frente y, emulando un saludo militar, le digo a Gustavo que la tarea está hecha y me voy.

Para siempre.

* * *

Al día siguiente no madrugo. El teléfono de mi casa suena y seguirá todo el tiempo durante ese fin de

semana. El identificador de llamadas muestra siempre el número del Movicom de Gustavo. Cada tanto le pido a mi vieja que lo atienda y le haga alguna promesa. Así lo tengo el fin de semana entero. Raúl ya debe estar dando excusas en la planta de Renault en Córdoba. El lunes sigue sonando y creo que es hora de atenderlo. Lo escucho, siento su dezezperazión, me cuenta que en Renault les dieron una última chance de presentar todo: «Eztamoz a tiempo de hazerlo, ¿zabéz?». Gustavo habla. Promete y habla. Todo el tiempo habla y seguiría así hasta convencerme, cuando escucho que mi vieja me pega el grito y me pide que vaya a ver la tele. En el Sanyo de la cocina, escucho a Cavallo dando las buenas nuevas:

—Hemos debido adoptar medidas extraordinarias que van a tener una vigencia de noventa días. Precisamente para poder asegurar el buen funcionamiento de la economía y sobre todo los ahorros de los argentinos en este periodo que promete ser todavía tumultuoso…

Entonces vuelvo al teléfono.

—Sí, ¿Guztavo? Me pareze que voz también vaz a tener que pedir permizo para poder uzar tu plata.

Táctica y estrategia

En una de las pocas noches frescas que hubo en 2005, el Nívor me dijo: «Che, este viernes nos juntamos con unos pibes que conocí en Santa Clara en el verano. Son buena onda, me invitaron a la casa. Viven en Capital. Tomamos algo, después salimos, ¿qué decís?».

Fui.

Llegué a las nueve y veinte de la noche con dos packs de latas de cerveza congelada y un bolsón de maní salado. El Nívor no estaba —y tampoco iba a estar—. Los tres amigos suyos eran peligrosamente fanáticos de un montón de cosas que yo desconocía: hablaban de películas de las que nunca había escuchado el nombre, de actores aparentemente consagrados por la crítica que no los tenía ni de rebote o de libros escandinavos de literatura fantástica que compraban por internet. Yo los miraba, comía maní y tomaba cerveza en silencio. Cada tanto movía la cabeza de arriba

a abajo y abría los ojos grandes con falso asombro.

Y en un momento, en medio de un sinfín de idioteces, me preguntaron con delicadeza si quería jugar un juego de mesa.

—Che, ¿te gustan los juegos de mesa? ¿Jugamos un TEG? —dijo uno narigón que se llamaba Juan.

Fue una pregunta sin importancia, como cuando alguien quiere saber si da para pedir una pizza: algo menor.

—Bueno…, dale —contesté inocente.

Y entonces perdí la libertad: doble vuelta a la cerradura del sentido común, cárcel para la imaginación adolescente, trauma y asfixia hasta el último día de mi vida.

* * *

La psicóloga me pidió que volviera a esa noche. Que pensara. Que pasara de nuevo por todos los surcos que ese encuentro dejó en mi psiquis para poder entender, veinte años más tarde, qué me pasa cuando me siento cautivo, atrapado, sin salida.

* * *

Los tres se pararon de golpe con exagerada coordinación. Ahí estaban, llevando el juego como si fuera una virgen de cristal. Matías, el más bajito, lo agarraba de un costado; Mario Aníbal —el dueño de la casa—, del otro lateral y Juan, un pibe flaquito repleto de rulitos rubios y nariz de águila, iba abriendo el paso mientras caminaban con la caja de cartón. Después desalojaron la mesa ratona donde había apoyado mi vaso de cerveza y la bolsa de maníes pelados y me dieron a elegir, con exagerada importancia, entre las fichas amarillas y las negras, porque las otras ya estaban asignadas.

Respondí convincente y con el compromiso que merecía:

—Cualquiera, no sé… me da exactamente lo mismo.

—Tenés que elegir —me dijo el dueño de casa y me fulminó con la mirada.

Lo entendí como un chiste, y agarré las amarillas.

—¡Las de la suerte! —respondí incómodo, pero fingiendo diversión.

Cada tanto miraba el celular: no había llamadas perdidas ni mensajes de texto del Nívor y lo puteaba en silencio.

Empezamos a jugar. Más o menos me acordaba cómo se jugaba: un día de lluvia había intentado, algunos años antes. Así que repartimos las cartas, pusimos las fichas en cada país y antes de empezar los ataques, me paré a buscar otra cerveza. Entonces Juan me frenó de golpe: puso una mano en mi hombro derecho y me pidió, sereno y seguro, que no me apurara.

—Va a haber tiempo —concluyó.

Me sentí inquieto: siempre preferí decidir qué hacer y cuándo, por lo que haber estado rodeado de gente que no conocía, en un lugar que tampoco conocía y sin saber cuándo me iba a ir, me tenía intranquilo. Tendría que haberme escapado en ese momento: correrle la mano del hombro, empujarlo y que cayera rodando por las escaleras, saltar sobre la mesa ratona, patear la puerta de calle pidiendo auxilio… o haberme tirado por la ventana, tirarme desde el cuarto piso que daba a la avenida Caseros, caer con gracia, romperme una pierna en pedazos, sufrir una fractura menor, perder el conocimiento un rato, amanecer en un hospital lleno de vendas y de drenajes, sin conocimiento, pero vivo y libre.

Pero no me animé.

Cuando empezaron los turnos de atacar me di cuenta de que la cosa se había complicado de verdad: cada jugador tardaba entre veinte y treinta y cinco minutos por turno. La mayoría de ese tiempo era únicamente de observación: no volaba una mosca. Contemplaban el tablero, frotaban sus dedos contra sus barbas incipientes y volvían a mirar. Pasé horas mirando a tres desconocidos repetir ese ritual. Tres tipos contemplando un tablero en silencio, sin hacer nada, absolutamente nada. Hasta que empezó a faltarme el aire.

Ahí entendí todo: estaba secuestrado y el hijo de mil putas del Nívor me había entregado tiernito.

* * *

Tengo traumas de esa noche con marcas temporales: habíamos empezado a jugar a las diez. A las dos y veinte de la mañana necesitaba ir al baño. Cuando volví, todos me miraban mal. «¿Vas a volver a interrumpir?», preguntó Matías, remera azul, zapatillas azules, gorra azul y, lógicamente, fichas azules. A eso de las tres y media fingí recibir un SMS. ¡Qué poco sonaban los teléfonos en 2005!

Hubiese sido tan útil recibir una notificación de cualquier cosa… una app que necesitaba actualizarse, veinte por ciento de descuento en Hair Recovery, espacio insuficiente en la tarjeta SD… la tía Mirta te etiquetó en una foto de Facebook: cualquier cosa. Agarré el teléfono y simulé estar leyendo la pantalla: «Acá no hay señal, no pierdas el tiempo: es imposible que recibas un mensaje o una llamada», disparó Mario Aníbal sin mirarme, como si no me hubiera estado hablando a mí y solo estuviera dando instrucciones.

Quería llorar.

Cinco menos cuarto de la mañana, cuando el sol empezó a mostrar los primeros chispazos, hicimos una pausa para tomar algo. Estaba desencajado: de sueño, de bronca, de impotencia. Me dijeron que no podía irme. Que nadie se podía ir de un juego de TEG en la casa de Mario Aníbal.

Nadie.

Busqué sus ojos para decirle: «Dale, no seas pelotudo, me voy a casa, tengo una vida, cosas que hacer, tiempo que perder de formas más divertidas» y, cuando por fin cruzamos la mirada, me fulminó. Balanceando el llavero de la puerta de calle, repitió:

—Te dije que todavía falta.

Ya había salido el sol. Sentía el hormigueo del cuerpo, dormido por el desgaste y el entumecimiento por haber estado sentado en una posición de mierda; la boca seca, los párpados pesados, ganas de fumar. A esa altura estaba entregado. Los dados seguían dando vueltas sobre el tablero y ni siquiera sabía qué números estaban saliendo; me movía por inercia: festejaba internamente cada vez que perdía ejércitos. De todas las cosas que no me importaban, nunca ninguna me había chupado tanto un huevo como lo que pasaba sobre ese tablero.

Se hacían las once de la mañana. Los niveles de azúcar de mi cuerpo estaban por el suelo. Empecé a transpirar frío; un párpado me tembló. Me paré, harto y dispuesto a recuperar mi libertad.

—Te toca —ordenó Matías, el hombre de azul.

Lo odié por dentro, le clavé la mirada bordó de sangre y tiré los dados: un dos y un cuatro. Perdí, por fin, mis últimos ejércitos y apreté el puño para celebrar.

«¡Vamos, perdí!», pensaba, y al ver mis gestos me hicieron una aclaración, la única aclaración que no me esperaba: «Todos se quedan hasta ver quién

gana». Era una regla del TEG que aprendí en la peor de todas las noches de mi vida.

—Me tengo que ir —expliqué muy correcto mientras guardaba mis cosas en los bolsillos de la campera.

—Falta ver quién gana —repitió el dueño de casa.

Y entonces sí.

Desde ese momento los recuerdos me llegan difusos, como nublados. Los sonidos vuelven al presente con un eco raro y las imágenes aparecen borrosas, no porque hayan pasado veinte años, sino porque así lo viví. Me acuerdo muy bien de mirar mi pie derecho y pensar, con esa chispa de furia que hace temblar el alma antes de largar la carcajada diabólica: «¡Qué bueno que calzo 45!». Y entonces sí, me paro, me acuerdo de todos los defensores bestiales que pasaron por Boca en mi infancia y quiero homenajearlos a todos. Pienso en Giuntini, en Quique Hrabina, en Giunta, en el Tano Passucci, y entonces le meto una patada al tablero, de abajo hacia arriba, con toda la bronca de quince horas de angustia acumuladas una sobre la otra. Ahí están las fichas de colores volando por los aires, formando un arcoíris

de plástico, mezclado con dados, tarjetas, vasos, los lentes del hijo de mil putas de Mario Aníbal y un atado de Camel box.

—Ahí tenés tu TEG, la puta madre que te parió —repito hasta cansarme.

* * *

Ahora mis secuestradores ya no tenían poder, se volvieron a convertir en los mismos *freaks* que conocí cuando llegué al departamento de la avenida Caseros. Se agarraban la cabeza compungidos; uno de ellos lagrimeaba.

—¡Te vas de mi casa! ¡Te vas de mi casa! ¡Te vas de mi casa! —repetía en trance Mario Aníbal y yo sentía una angustia tan grande por no haberme dado cuenta de hacer lo mismo doce o trece horas antes—. ¡Te vas de mi casa! ¡Te vas de mi casa! ¡Te vas de mi casa!

Si hago un esfuerzo todavía lo escucho, como un zumbido postrecital, veinte años más tarde.

* * *

Cuando llegué a mi casa de Banfield eran las cuatro de la tarde: estaba derrotado, sin dormir, con la ropa arrugada y las palabras mal encadenadas. Ni siquiera podía contar qué me había pasado; un poco por agotamiento, pero principalmente por vergüenza. Mi vieja me preguntó dónde había estado; más por intriga que otra cosa:

—Jugando al TEG con tres secuestradores —le dije como pude y me desplomé en el sillón del living deseando que la muerte me sacara del mal momento.

Cuando desperté era de noche. No entendía bien si seguía en el departamento de la avenida Caseros, rehén del TEG, o si por suerte estaba en mi casa en libertad. Cuando reaccioné, tenía varias llamadas perdidas del Nívor y un SMS irónico que preguntaba: «Che, ¿te divertiste anoche?».

Diamante loco

Hace diez años yo estaba hundido en una depresión profunda. No era una de esas escenas de cine en las que un tipo se despierta mal afeitado, se zambulle en una petaca de ginebra y se sienta en un sillón con las manos en la cabeza, pero tenía muy claro que no estaba bien. Venía de un año que me había reventado a trompadas: enterré a mi vieja después de un cáncer interminable y el primer embarazo de mi mujer se quedó a mitad de camino...

Pero me recuperé.

Creí que eso ya había cicatrizado y entonces de nuevo Ro quedó embarazada: ahora sí se venía mi primera hija y yo estaba flojito de laburo, viviendo la aventura freelance de firmar algunas notas con seudónimo en revistas cool de todo el mundo, etcétera, y de golpe tuve que dejar de tomar cafecitos de autor con editores de Colombia y México o boludeces

por el estilo y ponerme a pensar en mi vida. Pensar en serio.

Para peor, unos meses antes de enterarme de que iba a ser papá, le había dicho a Sebastián, el psiquiatra que me tocaba por la cartilla de la prepaga, que ya fue, que no quería tomar nada más: llevaba unos cuantos años metiéndome un cuarto por día de una pastilla que se toma entera y yo decía que me hacía bien. «Con esto estoy joya», insistía. Y mi psiquiatra, que además de psiquiatra es sensato y buen tipo, me decía que era al pedo tomar esa dosis, pero que yo era muy testarudo y que contra eso no había medicación.

Cuestión que se me juntó todo el rebaño: dejé la medicación, me di cuenta de que no podía mantener a una familia, mandé más de mil currículums para laburar de cualquier cosa y solo me llamaron de un lugar para vender planes de ahorro de autos en una galería en Temperley. Y se me cayó la estantería a pedazos: me puse boca abajo a llorar, sabiendo que no podía hacerme cargo de nada estando así. Ni de mí. Lloré mucho, me angustié todo lo que pude, volvieron las crisis de pánico… y ahí estaba: un boludo de más de treinta con un par de quilombos parecidos

a los de todos, sin saber cómo encontrarle la vuelta, totalmente paralizado.

* * *

Ahora volvemos del cumple de Cocco, amiga desde la infancia de Ro y para siempre de mi familia, y cuando llegamos a casa siento la necesidad de poner algo de música, pensar en cualquier cosa que no sea estar asustado y sin saber cómo vivir, triste, sin poder disfrutar del momento… Había bajado más de veinte kilos, se me caían los pantalones como en el menemismo. Fui arriba y puse «Shine On You Crazy Diamond», de Pink Floyd, una canción larguísima, como para apoyar la cabeza en la panza de mi compañera e ilusionarme con, por fin, sentir a mi hija golpeando desde el lado de adentro. Y en medio de esas notas… tuc… tuc… pateó y pude sentirla por primera vez en mi vida. Esa patada, en ese momento, en ese lugar, me despertó, me puso en órbita, me susurró: «Todo bien, loco, pero ahora mis problemas son más importantes que los tuyos, así que a resolver».

Pasó el tiempo, hice lo que haría cualquiera, conseguir un trabajo espantoso para pagar las cuentas,

sacar pecho, ponerse de pie, lastimarse las manos y los sueños para llenarle de sonrisas la vida a esa personita que ahora vivía conmigo. Tiempo más tarde, mi mujer y yo nos hicimos un tatuaje que simboliza ese momento, de renacimiento, de mezclar las cartas, de volver a repartir: de brillar de nuevo.

Hasta ahí, esa era una historia linda como cualquiera que tiene cualquier padre o madre como recuerdo del día que sintieron a sus hijos por primera vez.

Pero ayer me pasó otra cosa que me hizo entender que esta historia no había terminado y no sé ni cómo contarla ni por qué pasó: me desperté raro, como cruzado, enculado, cansado. Necesito vacaciones, en realidad, y medio que en los últimos días todo me desborda. Para peor, tuvimos que exhumar a mi vieja, cremarla, tengo que ir a buscar las cenizas y me vengo haciendo el boludo desde el día en que me enteré… nada, como un nudito en la garganta de domingo por la tarde.

Teníamos un cumpleaños a las nueve en la casa de un amigo que vive lejos. Puse Blackie, una radio relativamente nueva que pasa jazz y mientras manejaba y Ro me cebaba mates, Agus, mi hija menor,

se durmió. Lupe, la mayor, la que me pateó desde adentro para despabilarme, venía atenta y medio que cabeceó, así que aproveché el momento para contarle a Ro que estaba… raro, que no tenía un buen día, que me sentía algo melancólico sin saber bien por qué, que necesitaba un golpe de efecto —uso esa idea cada vez que siento que necesito que algo me sacuda— y, cuando estaba por llegar a lo de Santi, mi amigo cumpleañero, Lupe se despertó y entredormida dijo: «Qué lindo todo». Como soñando.

Y, en ese momento y no en otro, la radio de jazz que estaba escuchando se ligó con una radio de la Universidad de La Matanza (de hecho, la pantalla del auto cambió el nombre, se ve que comparten frecuencia) y sonaron las cuatro notas que abren «Shine On You Crazy Diamond», una canción que tiene una duración total de veinticinco minutos y cincuenta y siete segundos. Las mismas cuatro notas que sonaron cuando Lupe, desde adentro, me dijo: «Ey, despertate».

¿Cuántas chances hay de que una radio se ligue con otra en épocas de internet y 5G? ¿Cuántas de que esa ligazón provoque que el cruce sea con una radio del conurbano que está pasando en ese

momento una canción de Pink Floyd? ¿Cuántas de que sea la canción que llevo tatuada? ¿Cómo le pongo una explicación a esto?

Podría sentarme a hacer cuentas. Probabilidades, calcular la frecuencia de una radio y de otra, buscar la coincidencia. Sacarle cualquier capa de magia y hacerlo racional. Pero hay algo que no cierra en ningún cálculo: el momento.

Siempre el momento.

Porque a veces está bien no entender. Y aprendí que si algo me vuelve a decir «despertate», no tengo que discutirle. Aunque no pueda entenderlo.

El Rulo

Lo tengo clarísimo porque siento la inminencia: están a punto de patear la puerta de casa. Van a interrumpir el sueño de mis hijas y romper la paz nocturna. En los próximos segundos van a gritar mi nombre, diciendo que son la policía y repetirán varias veces que abra la puerta. Y cuando por fin lo haga, me harán miles de preguntas sin ganas de escuchar las respuestas, me contarán qué pasó y, después, mientras los vecinos empiecen a asomarse, me subirán de los pelos a un patrullero con una luz quemada y las cubiertas lisas. En el camino me van a obligar a confesar: voy a tener que hacerme cargo, imaginar una vida entera rodeado de presos, estudiando derecho penal en la cárcel, refugiado en el pabellón evangelista para que no me muelan a piñas, haciendo abdominales en un patio de cemento, sin dientes, con los

nudillos rotos y, por sobre todo, lejos para siempre de la vida que conocí.

Ahí llegan.

No los escucho, pero siento un latido fuerte entre el esternón y la garganta.

Son ellos.

Entonces hago un repaso mental de todo lo que me trajo hasta acá, porque sé que nunca más voy a volver a pensar con claridad a partir de esta noche.

* * *

Miércoles 24 de septiembre, año 2025. «Volar», dice la marquesina del chino que me toca por jurisdicción. Hace algunos años, cuando todavía eran una excentricidad, los supermercados chinos se expandían como fichas de TEG por todo el mapa del país. Y, cuando quisimos darnos cuenta, ya era tarde para sentir nostalgia por los almaceneros. Todos, los cincuenta millones de argentinos, tenemos un chino a menos de cinco cuadras de distancia. Es ley. Y si todavía no figura en la Constitución Nacional, seguro aparecerá la próxima vez que la reformen.

Como sea, me acuerdo perfectamente de la noche trágica: Ro tenía yoga y yo me quedé a cargo de las actividades de nuestras hijas. Agus, la menor, daba sus primeros pasos en las clases de danza frente a un espejo gigante, desde sus cuatro años de altura, y yo tenía libertad para ir a buscarla a la salida. Casi siempre volvíamos a casa, improvisábamos una rutina que ella llamaba «el hotel de Agus», que básicamente consistía en malcriarla hasta el extremo, con baño de espuma, sus comidas favoritas y postre. Lupe siempre me daba una mano con eso: vigilaba a su hermana menor en la bañera, estaba atenta a que la comida no se quemara o que Milanesa, nuestra perra, no rompiera nada ni cagara fuera de lugar.

—Pa, Milanesa quiere hacer pis.

Bajé las escaleras corriendo para sacarla a mear afuera.

—Pa, Agus dice que el agua está muy caliente.

Corrí a regular las canillas para que no se quemara en la bañera.

—Pa, Milanesa hizo caca líquida en la pieza.

Salí corriendo a limpiar.

Y así, en esa recorrida entre platitos a punto de caerse, me moví cada miércoles. También lo disfruto:

escuché hace un tiempo en una entrevista que el mejor momento de la vida es ese, cuando todo parece un quilombo inabarcable y los hijos son chicos, porque tenemos demasiado claro que no podemos bajar los brazos nunca. Nada como nuestros hijos para decirnos: «Esto es lo que tenés que hacer, eh».

Después un poco el norte se pierde.

Pero ese miércoles, el de la tragedia, Lupe tuvo un cambio de horario de inglés y no estaba conmigo, así que se alteraron todas las rutinas y, sin saberlo, arruiné mi vida para siempre.

* * *

Habíamos ido al chino con Agus a comprar algunas cosas para la cena y también para acumular en las alacenas y esquivar la inflación. Y para hacer tiempo hasta que Lupe saliera de la clase de inglés que nos había cambiado la estructura. Quienes me conocen saben que antes de hacer cualquier cosa armo un excel, así que el cambio de planes me había puesto la neurosis a trabajar incómoda. Estábamos ahí, paseando entre las góndolas. Yo repetía todo el tiempo que no: «No, eso mejor no»;

«No, dejá eso donde estaba»; «No, en casa ya tenemos», y así: no, no y no.

Y entonces vi la oferta: «Choclo en lata: 899 pesos». Dudé un segundo: trato de esquivar las conservas, pero después me acordé de que la vida es una sola y me dejé llevar.

Levanté la mano derecha todo lo que pude y me di cuenta de que no llegaba, así que me puse en puntas de pie y agarré la lata de la cima: si el monte Everest es el lugar más alto del mundo, esa columna de latitas de choclo amarillo que se levantaba delante de mis ojos era, por escándalo, el apilado de conservas más alto de la historia del universo. Como pude, agarré una de las latas, la llevé al carrito y, por gordo, por glotón y por haber crecido a la sombra de la hiperinflación, quise agarrar otra más. Y cuando saqué la segunda, una tercera lata —escondida, traicionera y filosa— decidió lanzarse al vacío, con tanta mala suerte que cayó directamente sobre la cabeza de un nenito que, me enteré en ese mismo momento mientras la madre le decía que no pasaba nada, que había sido un corte chiquitito y le frenaba el sangrado con un trapo de piso que había sacado de su propio carrito, se llamaba Rafa. Nunca me voy a olvidar de los ojos

de esa madre. De su mirada, en realidad; de la forma en que pasó de verme con cierta contemplación hasta el momento en que deseó que todo lo malo que pudiera pasarle a una persona me pasara a mí.

Y la entiendo.

Yo ya había lastimado a Rafa y me deshacía en disculpas. Él hervía de bronca: lloraba con los ojitos achinados, se agarraba la cabeza y era todo furia y pus. Y yo, muerto de culpa, no sabía qué hacer: pensaba cómo podría llegar a reaccionar si esto le pasara a otra persona y la víctima fuese una de mis hijas… y en todos los escenarios terminaba preso por pudrirla. Así que sentí cierta paz cuando vi que su mamá me decía que no me hiciera problema, que había sido un accidente, que eran cosas que pasaban… y debí quedarme ahí, con el nene lastimado y la madre entendiendo la situación.

Pero no sé frenar a tiempo: siempre hay una media vuelta de tuerca que no debería dar…

Incómodo con el llanto de Rafa, busqué en la góndola que estaba atrás mío: vinos de todas las marcas, botellas de gin, de fernet… no me parecía lo mejor para un nenito de siete u ocho años, así que empecé a cogotear, porque quería comprarle algo

para generar un efecto de distracción que lo sacara del mal momento —y, lógicamente, limpiar mi culpa—. Entonces pegué la vuelta y entré en un pasillo que yo llamo «la zona oscura de todos los supermercados chinos del mundo». Es tan idéntico en cada uno que parece una escenografía, como si los compraran así. Hay miel, trapos de piso, comida para perros, embudos, cubeteras, algún mate de plástico, magiclicks, bolsas de basura… y entre todas esas cosas, lo vi: un paquete de palitos salados marca El Rulo y no dudé un segundo.

Pero ahí crucé todos los límites.

Calculo que alguien los dejó abandonados, pero igual los agarré y corrí buscando a Rafa; al perdón suyo, en realidad. Hice slalom entre los clientes y, cuando por fin lo vi, le mostré la bolsa esa de medio kilo de palitos como quien muestra un juguete a un cachorro. Y entonces, recién entonces, se dio cuenta de que eran para él y recuperó la sonrisa:

—Son… ¿esos son para mí? —quiso saber mientras se apretaba la cabeza con el trapo de piso para que no le siguiera sangrando.

Le dije que sí con la cabeza y con una media sonrisa. Él me devolvió el gesto chocando mi puño y

abrió desesperado el paquete. Estábamos a mano; yo le había roto la cabeza, sí, pero ya no sangraba y ahora tenía mil seiscientos doce palitos salados para él solo. «Si empezara a comerlos ahora —pensé—, tendría suficientes palitos como para llegar al verano».

En el mismo momento en que hice el trueque y le di la bolsa de El Rulo y Rafa me dio la paz, la mirada de la mamá de ese nene herido se asomó entre los paquetes de fideos Matarazzo y los de arroz Lucchetti y se desfiguró para siempre: lo agarró del brazo, lo zamarreó hasta llegar a las cajas y le dijo un montón de cosas que no llegué a escuchar bien, salvo la parte que dijo «no podés aceptar algo que te dé cualquier pelotudo por la calle». Yo le quise decir que no entendía y preguntarle si había hecho algo mal… pero no me escuchó. Caminó enérgica, haciendo mímica e imitando mi corporalidad —me di cuenta de que hacía gestos como diciendo: «¿Un grandote boludo te da esta mierda y vos los agarrás y te ponés a comerlos? ¿Sos tarado o te golpeaste la cabeza?».

Quise explicar, pero ya era tarde: me estaban mandando a la mierda y no entendía si era una especie de delay por el golpe o qué había pasado.

Volví a buscar la mirada de Agus, porque la había relegado mientras intentaba recomponer mi vínculo con Rafa y me preguntó qué me pasaba: «¿Estás enojado, papi?». Se me notaba en la cara; no era enojo, era desconcierto. Caminé hacia la góndola de los snacks y agarré un paquete de palitos El Rulo para examinarlo: quinientos gramos de palitos salados. Agus vio la situación y señaló algo que no supe ver a tiempo:

—Está lleno de dibujitos negros, papi.

Era cierto, tenía más octógonos que palitos: exceso en sodio, en grasas, en colesterol, en carbohidratos. En todo lo que se podía exceder, se excedía.

Palitos salados El Rulo

Ingredientes:

Harina

Sal

Sal gruesa

Imaginé el galpón donde embolsaban toneladas de palitos cada día, de lunes a lunes y de sol a sol. Todos los días de todos los años, un grupo de personas se limpia la transpiración de la frente con el reverso de las manos y embolsa y embolsa y sigue embolsando palitos, como si no hubiera un mañana: como si lo único que los seres humanos hubiéramos

venido a hacer en la Tierra fuera meter palitos salados adentro de bolsas transparentes. Los salan y los vuelven a salar. Cada tanto, el propio Rulo se pone a embolsar y a salar; primero una capa de sal fina para volver hipertenso a cualquier ser humano. Después, una de sal gruesa para dejarlo coqueteando con el ACV con media porción.

Y, de golpe, pensé en esa madre, en ese nene, en esas tripas protestando, en esa noche eterna en algún lugar de la ciudad donde vivo. Pensé que habría un nenito repitiendo la palabra más primitiva de todas:

Mamá.

Mamá.

Mamá.

Toda la noche diciendo mamá.

Y una madre, a un cuarto de distancia, yendo y viniendo de una punta a otra, llevando hielo para el dolor de cabeza y cicatrizante para la herida, y un balde para que la criatura vomite. Y mientras el mundo gira, Rafa vomita y llora; le sale sangre de la herida y cuando se da cuenta vuelve a llorar. Cada tanto repite algo de un señor canoso que lo lastimó y la madre le pide que descanse, pero por dentro solo piensa en una cosa: venganza.

Por eso, cuando el sol está por volver a asomarse y Rafa logra por fin dormirse, su mamá agarra el teléfono, lo desbloquea y hace lo que haría cualquier persona:

—¿Policía? Quiero denunciar un doble intento de homicidio.

futuro.colmo.fiaca

Reviso el celular buscando el número de una vidriería: reventé un ventanal que me va a desmalezar los ahorros, pero todavía no lo sé, así que puedo vivir en la incertidumbre un rato más. No: no lo encuentro en la agenda. Busco en las notas. Scrolleo hasta el infinito y empiezo a perderme en la marea de notificaciones y pendientes, y cuando me quiero dar cuenta veo una que no reconozco haber escrito, pero eso me pasa seguido: tomo notas todo el tiempo para escribir historias para un próximo libro y nunca vuelvo a mirarlas. Pero esta vez sí. Ahí está, un iconito amarillo con tres palabras, una debajo de la otra:

futuro
colmo
fiaca

* * *

Viajo con un libro de Saramago abierto de par en par y hago de cuenta que lo estoy leyendo. Se llama *Ensayo sobre la lucidez* y es más pretencioso que interesante. No leo ni un párrafo: en realidad estoy escuchando la charla de dos pibitos que viajan en los asientos de adelante mío, en este bondi que cruza desde el conurbano al microcentro y pasa por encima de todos los baches que encuentra. El más jovencito —¿tendrá veinte?— le dice al otro —¿veintitrés? ¿veinticuatro?— que todavía no había hecho la transferencia para el regalo de cumpleaños de alguien que se llama Tomi porque le daba una bocha de fiaca.

—Bocha de fiaca. Encima me mandó el CBU en una foto… tengo que escribir como veinte números. Me muero de fiaca.

El más grande afirma. Peor todavía: valida.

—Uf, boludo, ¡qué fiaca!

Crecí en un mundo que no existe más: miro hacia mi infancia y, por más que haga foco, me cuesta muchísimo encontrar cosas de esos años con televisores en blanco y negro en este presente distópico en

el que estamos viviendo. Siento nostalgia del futuro que no fue. ¿A dónde vamos a llegar con tanta fiaca?

* * *

En el año 90 Maradona jugó el Mundial de Italia —¿el último Mundial del mundo viejo?— con el tobillo hecho una pelota de tenis. La historia se repitió hasta aburrir, en cada compilado de esos en los que suena «Y dale alegría a mi corazón». Pero yo no enfocaba en el tobillo de Diego, semidiós mundano, recorte de atorrante divino, mortal inabarcable. Yo miraba sus botines: los Puma Borussia, unos negros —todos los botines eran negros en los noventa— y me moría de ganas de disfrazarme de futbolista aunque fuera para pisar la pelota con la ilusión de hacer dos jueguitos.

—¿Qué te gustaría que te regaláramos los abuelos para tu cumpleaños?

La pregunta la hace mi abuela Isabel al otro lado del teléfono público al que venimos a hablar con las fichas de larga distancia que mi viejo compra en ENTEL cuando cobra la quincena. Viernes por medio hace una parada y pide algunas fichas

locales —las doradas— y otras de larga distancia —plateadas— para poder llamar desde Río Tercero a Buenos Aires y hacer la recorrida de abuelos y abuelas. Siempre apurados, siempre con la incertidumbre del navajazo porque se está por terminar el tiempo, siempre «chau, chau, te saludo antes de que se corte».

—Quiero los botines del Diego —le digo a mi abuela sin titubear ni pensar en su jubilación mínima siempre diezmada.

Mi abuela se queda muda y mi abuelo, que escucha por el otro teléfono —porque ya habían empezado a asomar los inalámbricos—, dice que sí, que por supuesto, que me van a mandar el giro.

1991: mi abuelo Adolfo va hasta el banco suyo, el único gallego con una cuenta en la Banca Nazionale del Lavoro, muestra la libreta de enrolamiento —una especie de cuaderno inmenso más importante que la propia vida y no se te ocurra perderlo porque te morís siendo un NN—, y pide que le entreguen plata de su cuenta. Hace la cola, espera algo más de dos horas. 11 de abril, el día más frío en lo que va del año, pero le dijo que sí a su nieto al otro lado del tubo y no quiere defraudar a un nenito de nueve años que

vive a setecientos veintitrés kilómetros de su casa, por eso nada lo va a frenar.

Cuando lo atienden, guarda la guita en un sobre y se va con los billetes en cambio: ciento doce mil australes repartidos en papeles de mil, cinco mil y diez mil. Cruza caminando todas las calles que separan el banco de la sucursal del correo de Banfield, para poder mandar un giro, una especie de cheque viajero de los pobres y los desamparados, luz de rescate que llega en medio de las vacaciones de arroz y adolescencia, y pide al empleado del correo que mande un sobre hasta la puerta de mi casa con una nota que diga que, si iba con un adulto hasta la ventanilla de la sucursal del correo de Río Tercero, podía sacar la plata que él me mandaba con motivo de mi cumpleaños. Y, cuando por fin entregó la plata, se puso a sacar cuentas: faltaban doce días para que yo cumpliera años y se puso a rogar para que llegara a tiempo.

Y llegó.

El lunes 22 tocan el timbre de mi casa: en algunas horas voy a cumplir diez y tengo los pies con urgencia de disfrazarse de Maradona, qué falta de respeto. Entonces mi vieja me da el sobre, me cuenta

qué es un giro, cómo funciona y le ruego de rodillas que me lleve hasta el correo aunque estuviera a punto de cerrar. Y después de dos «no», de un «mejor mañana», de un «tengo muchas cosas que hacer», llegó un «sí», y nos fuimos en la zanellita, golpeamos la ventana de madera donde atiende Silvana, la empleada del correo que vemos cada vez que les mando algún dibujo a mis abuelos al otro lado del mapa y nos dice que nos va a hacer el favor. Entonces le damos el papel y nos da los billetes, y de ahí rajamos para Rosso Deportes a comprar los botines talle treinta y cinco, que me duran tres meses porque el pie se me desbarranca como si hubiese levado y paso de golpe a calzar treinta y ocho en un cambio de estación.

* * *

En todo eso pienso mientras veo a estos dos pibes nacidos en este siglo, presas de la fiaca de escribir un CBU (o un alias, siempre chistoso, gringo.guampa.baile, mandibula.noche.fiesta, futuro.colmo.fiaca).

Tengo todavía el recuerdo de algún penal que pateé afuera o una pelota mal parada; un intento de cambio de frente que termina en gol en contra o

los cordones atados pasando por abajo de la suela, la caja de cartón Puma con los botines lustrados al costado de la cama.

Y agradezco, mientras el colectivo salta sobre otro cráter conurbano antes de pasar por el Congreso de la Nación, que aquella tarde, mientras metía fichas de larga distancia en el teléfono público naranja de ENTEL para que no se apagaran las voces de mis abuelos, a ninguno nos dio fiaca y pudimos crear este recuerdo que, treinta y cinco años más tarde, tiene colores del pasado, del presente y del futuro.

Límite

Un bocinazo más y bajo a agarrarme a trompadas. Lo veo putearme por el espejo: un gordo inmenso que está metido adentro de una camiseta de la selección argentina que le queda chica. Lo veo de nuevo: es trucha. Se nota hasta con el espejo sucio: recontra trucha. Debe haberla comprado en la feria, en alguna de todas esas ferias que cuelgan camisetas de fútbol brillosas, que apenas te las ponés y antes de dar dos pases ya sos un mar de chivo. Es la camiseta azul que usamos en el Mundial 94 y tiene el número 7 chiquitito estampado en el pecho. Nunca le había encontrado utilidad al número en el pecho: hasta ahora, que me sirve para darme cuenta de que un gordo inmenso con la misma camiseta que usó Caniggia contra los griegos me va a matar a piñas.

Ahí está de nuevo el hijo de puta tocándome bocina. No es que toca bocina: me toca bocina. El

semáforo sigue en rojo, pero por el reflejo puede ver que el otro ya cambió. Yo también lo veo. «Ya lo vi, la concha de tu madre», le digo con mímica mirando el retrovisor. Es una mímica fuerte, de bronca: los gestos gritan, pero lo puteo sin voz, porque estoy escuchando Aspen y suena «Careless Whisper», que siempre me pareció un temón.

I'm never gonna dance again
Guilty feet have got no rhythm

Nos venimos mirando mal hace como diez semáforos, desde que vimos el sol caer sobre el Puente Alsina, yendo para Capital, y me tiró el auto encima. Yo manejo siempre tranquilo, pero esta vez se me volaron los patos. En una se colgó con el celular mientras el semáforo pasaba de amarillo a verde y yo le hice un doble guiño de luces. Taca taca, dos veces: le quemé la nuca con las luces. Me miró por el espejo, hizo un gesto y yo puteé en voz alta. «La puta madre, me tocan todos los pelotudos a mí», protesté en la soledad de mi Renault.

Maneja un Focus de los viejitos. En su época me encantaba el Focus, pero no me alcanzaba ni para

pagar el boleto del Roca. Debe ser modelo 2003 o 2004, la patente la tengo grabada: DHZ865. Tiene el paragolpes caído para la izquierda y una luz de stop que no le funciona. En la luneta pegó un calco espantoso de La Beriso. Mientras lo miro en un semáforo en rojo, me doy cuenta de que es posible que haya algo más feo que escuchar a La Beriso: un calco de La Beriso que cruza de lado a lado el vidrio trasero de un Focus verde con el paragolpes caído de costado como un labio con parálisis facial. «No pasa la VTV», pronostico desde la comodidad de mi Renault nuevito.

En avenida La Plata me puso el auto a la par en un semáforo y se estiró para bajar la ventana. No tiene levantavidrios automático, así que le cuesta, tiene los bracitos cortos. Gira la palanquita, bajo el vidrio y bajo el volumen de Aspen.

—¿Qué te pasa, pelotudo? —me pregunta y justo arranca el semáforo.

Todavía no lo consideraba mi enemigo, pero la calle tiene sus reglas: a una persona podés hacerle cualquier cosa, pero jamás apurarla en un semáforo para hacerle una pregunta retórica.

Podés sentarla en un sillón reclinable, clavarle cinco inyecciones en la boca, agarrar una máquina

diabólica que gira a toda velocidad y pulverizarle las muelas; podés incluso agarrar una pinza y tirar para arriba: tac, una muela; tac, otra muela, y desdentarlo. Y después de todo eso, con la boca hirviendo de dolor, pedirle la tarjeta de la prepaga para cobrarle por la tortura.

O peor aún: podés acostarlo en una camilla con un camisón de esos que te dejan ver el culo y la espalda, con los huevos haciendo campana entre las piernas. Ponerlo de costadito, decirle que se quede tranquilo, sedarlo de a poco, llamar al doctor Marino —que viene de hacer diez tactos antes que el tuyo— y hacer que se unte vaselina en un dedo o en dos y te los meta bien adentro del culo mientras hace gestos que van del placer a la intriga. Y después, también, te pida la credencial de la prepaga para cobrarte.

Podés también agarrar una sierra y partirle el esternón en dos, sacarle el corazón y apoyarlo en una mesita aséptica para cambiarle un par de venas por unos tubitos de plástico que parecen pajitas, para ver si late un tiempo más y que todavía no haya funeral. Y que el tipo se despierte con el pecho partido y, con el primer hilo de voz, dé las gracias por la tortura. «No podés hablar», dirá el cirujano, y él, ahí, con

la emoción haciéndole pucherito, hará el gesto de agradecimiento juntando las palmas sobre el pecho. Y después, también, le dará el token de la prepaga para que el médico cobre lo suyo.

Pero nunca, absolutamente nunca jamás en la reputísima vida, podés tocarle bocina al auto que está adelante tuyo en un semáforo, porque en ese golpe sonoro se pondrá en juego la hombría del mundo.

Otra vez en verde. Me clava la vista, filosos los ojos del gordo, y enseguida empieza a apuntar con la pera al parabrisas: «Te espero en el próximo semáforo», quiere decir. Si existe un lenguaje de señas, debería existir uno de gestos. «¿Qué te pasa, pelotudo?», dice el dardo freudiano que me acaba de clavar en el centro de la psiquis.

Ahora suena «Hotel California». Subo a todo lo que da: a Ro le da miedo esa canción. No sabe explicar el porqué. A veces pienso que la torturaron escuchando Eagles, pero es como el perro de Pavlov: escucha *On a dark desert highway*, y se le pone la piel de gallina a Ro. A veces la toco en la guitarra para acercarme a ella. Pero ahora viajo solo, el gordo del Focus me clavó una cerbatana de angustia existencial y suena «Hotel California» al taco.

Such a lovely place
(such a lovely place)

¿Que qué me pasa? Me pasa que los días que viví desde que me enteré de que me iba a morir hasta hoy fueron todos más o menos iguales: nunca me olvidé de que me iba a morir.

Tenía cinco y volvíamos de comprar el pan cuando mi viejo me preguntó por el diariero.

—¿Te acordás de Quiroga?

—¿Qué Quiroga?

—Quiroga…

—¿El diariero?

—Sí.

—Sí. Me acuerdo. El que vive enfrente del Hugo.

—Vivía: se murió.

—¿Por qué se murió?

—Porque todos nos vamos a morir algún día.

—¡¿Todos?!

—Sí.

—¿¡Yo también?!

—Sí, todos.

Viajo en la parte de atrás de un Dodge rural amarillo, tengo cinco años, una camperita inflada que

usé en todas las fotos de todos los inviernos de mi infancia y mi viejo acaba de cortarme la yugular de la infinitud: andá apurándote, viejo, que el viaje se termina.

En todo eso pienso, cada día de los últimos cuarenta y cinco años y me acabo de dar cuenta ahora de que el gordo del Focus usó avenida La Plata de diván y me llenó de intrigas.

—¿A mí me preguntás qué me pasa, pelotudo? —retruco cuando llegamos a José María Moreno.

Lo examino como un forense: los dos vamos con las ventanas bajas, yo no pienso volver a bajar el volumen de Aspen. Lo imagino yendo a refinanciar deudas en una oficina de ARBA en el ojete del planeta a las ocho de la mañana de un lunes de esos de lluvia finita, invernal, pidiendo por favor que no le embarguen el Focus, rumiando su vida de mierda, llegando a su casa cuando todas las risas ya están dormidas, luchando por bajar de peso y comiendo permitidos seis días por semana. Lo pienso dejando de fumar cada lunes, haciendo promesas de cambio de hábitos, remando contra el destino, refinanciando pagarés y tomando un trago frío los viernes, como este, cuando se junta con sus amigos a jugar mal al

fútbol en las canchitas de Almagro que están frente al Carrefour. Y lo imagino errando un gol imposible, señalado por un defensor que es más joven y más lindo y tiene más guita que él y siento que el alma se le empieza a encorvar; se agusana de a poco, llora lágrimas para adentro y sorbe mocos a escondidas, y esquiva los espejos porque no quiere verse reflejado en la mirada de nadie, ni en la suya, y me señala con el dedo y me pregunta de nuevo si yo, justo yo, soy el pelotudo que le toca bocina en un semáforo y yo siento ahí que estoy ante la posibilidad de poner el cachete para que me rompa a piñas y dejarlo ser libre de toda culpa y castigo por un rato, hacerlo coquetear con la felicidad que causa la victoria. Es eso o salir corriendo. Y sé que él sería feliz si lo dejase romperme a piñas, una por cada sobre con avisos de corte que le mandaron por abajo de la puerta. O patadas: una por cada vez que se acostó al lado de su mujer y durmieron culo con culo mientras el amor se les oxidaba.

Sé que podría todo eso, pararme de frente, mirarlo con esta cara de boludo que veo por el retrovisor y decirle: «Dale, rompeme, gordo». Pero la razón y la conciencia se me desatan cuando se acerca más de

lo que me gustaría y me bajo del auto: «No te calentés, Caniggia, que tenés que seguir jugando», le digo. Entonces rompe en llanto y se acerca a llorarme su vida entera: el día que su viejo lo abandonó, la tarde en que cobró un sueldo por última vez, las cuatro cubiertas de ocasión que compró para remisear el Focus, los llamados de la directora del colegio del más chico de sus pibes. Me cuenta y yo escucho, y mientras cuenta y escucho, los semáforos hacen su danza histórica y perpetua: de verde a amarillo y de amarillo a rojo; de rojo a amarillo y de amarillo a verde. Y el ciclo vuelve a arrancar. Charlamos un rato. Yo, que pegué en el palo de la tristeza absoluta, que conozco la textura de la lona que está abajo de todo, tengo ventaja para darle un abrazo a un desconocido. Y cuando le doy la palmada en la espalda, se ríe con la inocencia de un nene que juega a la pelota con amigos y mete el gol de su vida.

Y por un instante, por este instante, el mundo se vuelve un lugar un poco menos miserable.

Once dólares

Todos los bancos tienen un lugarcito como este, pero los que nunca tuvieron que contar mucha plata no los conocen. Yo en mi puta vida conté mucha plata, pero los años que pasé disfrazado de bancario me dieron un montón de conocimiento de toda esta mugre. Entonces acá estamos: seis personas fingiendo una paz que no existe, a punto de hacer cada uno su negocio. Por un lado, Carolina y Lucas: ellos me venden la casa que me alquilan desde hace seis años; más allá, la señora que finge interés pero no le interesa nada más que llevarse su parte, la doctora White, escribana del asunto. Ese, de más allá, con la camisa arremangada, es el gerente del banco. Y después, Ro y yo, a punto de convertirnos en propietarios por primera vez en nuestra vida. Ahí, sobre esa mesa, hay una escritura sin firmas ni sellos que dice un montón de cosas, que mi mujer y yo estamos casados en primeras nupcias,

que les compramos la casa a Carolina y Lucas, que nacimos en tal y cual lugar y una infinidad de datos sin sentido que sirven para justificar la tajada de la escribana. Y así, desnuda de firmas, es papel higiénico. Es cierto que ya firmamos todos los papeles previos, el crédito, la apertura de la cuenta, las declaraciones juradas, los compromisos que aseguran que no somos personas políticamente expuestas ni que el dinero proviene del narcotráfico, la timba y demás. Todo eso ya pasó. Pero nunca estuve tan lejos de algo que tengo tan cerca como en este momento.

Pero, mejor, sería empezar desde el principio.

* * *

Lo peor de agosto, desde que vivo en esta casa, no es el invierno, sino que es el mes del año en que se vence el contrato del alquiler. Esto significa —si usted no sabe de qué hablo, sepa que lo envidio— que es momento de negociar con la inmobiliaria un nuevo precio de alquiler. Y cuando digo negociar lo digo como metáfora de violación. Porque es algo más o menos así: de todas las relaciones asimétricas de poder que existen, la más asimétrica es esa que ocurre cuando

una persona que tiene una propiedad de más le dice a uno que no tiene ninguna cuánto debería pagar para vivir ahí. ¿Y si no es justo? Problema para el inquilino.

Lo cierto es que, una vez cada dos años se vence el contrato y además de la violación viene la saña y hay que sumar una tonelada de gastos sin sentido. Y así hubiese seguido hasta el cajón, salvo que, esta vez, en este agosto que transcurre a mis cuarenta y tres años, me encapriché.

—Hola, ¿Ignacio? Estaba pensando que te voy a renovar contrato por tres meses.

—Pero… ¿cómo por tres meses?

—Sí, no sé… quiero vender.

—Pero no me podés avisar así… me matás —respondí mientras empezaba a hacer un repaso mental de todo lo que necesitaba para volver a mudarme.

—Hagamos algo, mejor, tenés razón… siempre fuiste un inquilino ejemplar. Renovemos por un año.

Que sí, que no, que tanto para vos, que tanto para mí… cerramos un precio que lógicamente no era el que yo quería y a tragar mierda y seguir.

Pero esta vez fue diferente: ¿y si me compro la casa?

* * *

Vivo en un país rarísimo y hermoso, lleno de ministros de economía de café y relatores de recetas para mejorarlo todo. Cada día que pasa me gusta más y también lo padezco, pero soy de acá y es el lugar en el que quiero estar siempre. Reniego, pero lo quiero. Lo cierto es que, cada tanto, algunos planetas financieros tiran un centro y nos dan la chance.

—Che, Ro, me parece que tenemos que sacar un crédito y comprarnos la casa. ¿Qué decís?

Ro me miró con la incredulidad de cada vez que le hablo de algo sin sentido; es decir, como me mira casi siempre.

—¿Y cómo vamos a hacer?

—No sé, pero va a pasar.

Dicen que Galeano dijo, cuando le preguntaron qué era una utopía, que era algo que estaba en el horizonte y que, cuando él caminaba dos pasos en esa dirección, ella se alejaba dos pasos más. Y que cuando le preguntaron para qué servía entonces la utopía, contestó muy suelto de cuerpo: «Para eso: para caminar». A mí me empezó a pasar lo mismo.

Es agosto de 2024 y yo saqué toda la neurosis taurina a trabajar las veinticuatro horas a mi favor.

Lo primero que hice fue averiguar tasas y plazos: lo más conveniente era tomar un crédito en el Banco Nación, pero a la primera dificultad, me dejaron afuera: «Tenés una deuda en situación 3 con el telepeaje. Tenés que blanquearla y esperar dos años», sentenciaron. Busqué respuesta en algunos amigos que trabajaban en el banco y todos fueron categóricos: «Si alguno te firma el crédito con esa mancha, pierde el laburo».

No soy de los que se dan por vencidos. Googleé quién era el presidente del Banco Nación y, en cinco minutos, estaba hablando con su secretaria.

—Hola, ¿Fabiana? Un amigo que trabaja en *Clarín* me pasó tu teléfono, ¿podés hablar cinco minutos?

Podía.

Le conté toda la historia y dónde nos habíamos frenado. Me dijo que me quedara tranquilo, que ella le iba a buscar la vuelta. Dos días más tarde, me llamaron: tenía que presentar toda la documentación e iniciar el trámite. Empecé a imaginarme pagando ARBA a mi nombre.

Cuando por fin llegó el turno, me pidieron una tonelada de papeles y, semanas después de revisarlos

todos, me dijeron que no tenía chances de acceder al crédito: muchos años antes, con la idea de evitar «los quilombos de la sucesión cuando estire la pata», mi viejo decidió que era una gran idea que la primera propiedad que alguien de la familia Merlo compró en su vida estuviera a nombre de sus hijos. Me ahorró un quilombo futuro y me generó uno en el mediano plazo: técnicamente, era dueño de un inmueble y esta línea de créditos está estipulada para personas que no tienen viviendas.

Quise explicar, pero no. Volví a hablar con Fabiana. Estábamos en diciembre y el espejismo empezaba a tomar su forma definitiva, una ilusión que no significa nada, un charco de frustración a mitad del camino. Me faltaba el aire de solo imaginarme metiendo la vida de toda mi familia en cajas otra vez.

—Mirá… —me dijo Fabiana— hay una posibilidad inaudita de que hagan una reforma en las normas de los créditos hipotecarios para que puedas acceder. Sería algo que nunca pasó en la historia del Banco Nación, pero están considerando tu caso.

A esta altura yo estaba rosqueando con todos los contactos que tenía en mi teléfono. Pasé algunas semanas dando vueltas como un perro que quedó del

lado de afuera hasta que me sonó el teléfono. Un martes de febrero me dijeron que, finalmente, todo estaba bien. Que faltaban detalles.

En este tipo de situaciones la palabra detalles es sinónimo de guita, estrés y angustia, en ese orden.

* * *

Recibo un mail del gerente de créditos hipotecarios del Banco Nación que me dice que, por primera vez en la historia del banco, las líneas de créditos hipotecario cambiaron su normativa, a partir de mi situación: siento que le gané al sistema. Mis amigos que trabajan en el banco me dicen que no pueden creerlo: la oferta de créditos hipotecarios ahora se vuelve más plural.

Ahora que las posibilidades son concretas, hablo con Carolina y Lucas para ponernos de acuerdo con el precio de la casa. Que sí, que no, que es poco, que es mucho, pero llegamos a un número que nos tiene a todos contentos. No tenemos que mudarnos, ellos no tienen que poner la casa en venta, ni necesitan hacer la pantomima de mostrar la casa a posibles compradores: *win-win*.

—¡Qué bueno, Ignacio! —me decía Lucas.

—¡Qué bueno, Lucas! —le decía yo.

No le encontrábamos fallas… pero Argentina tiene la inestabilidad del mar y, cuando parece calmo, está por golpear la ola.

El dólar venía navegando una tensa calma desde fines de 2024 y, justo cuando yo necesitaba esa estabilidad, se despertó. Que los mercados, las crisis en Medio Oriente, el riesgo país y otra tonelada de inventos modernos para limarnos las ilusiones. Cada día subía un poquito. Me puse por vez mil a sacar cuentas y me di cuenta de que ya no llegábamos. Pero Lucila, la mayor de mis hermanas, dijo las palabras que nos enseñaron de chicos: «Quedáte tranquilo, contás conmigo si te falta algo».

* * *

Es jueves 10 de abril. La escribana White, una persona de simpatía curiosa y quien lleva los papeles del crédito hipotecario que me convertirá en dueño por primera vez, acaba de hacerme un llamado donde me cuenta, con la intrascendencia de quien scrollea reels mientras está en el inodoro, que el miércoles

próximo firmamos la escritura. La imagino trabando el teléfono entre el hombro y la oreja, cortando cebollas para cocinar algo, haciendo un llamado con total intrascendencia para ella y carácter definitivo para mi familia: en algunos días seríamos dueños de nuestra casa. Dueños: vuelvo a escribirlo no solo porque me gusta como suena, sino porque es una palabra que jamás imaginé leer junto a mi nombre. Ignacio Merlo - Dueño.

Esa misma noche me despierta mi teléfono. Son las once y treinta y siete. Con Ro charlamos doscientas cosas al mismo tiempo hasta cansarnos, menos de la casa: ya no hay más lugar para la ansiedad. Me despierto porque vibra, vibra y sigue vibrando. Abro whatsapp: mis amigos intercambian stickers y memes, y están hablando del dólar, del riesgo país, de peronismo, de gorilas: lo de siempre. Pero, entre todos, una noticia de *Infobae* me hace saltar de la cama como un resorte. Ro se exalta y, antes de preguntarme si estoy bien o si me está pateando la acidez sobre la cual galopo desde que se me ocurrió que, en una de esas, quizás, tal vez, sería posible dejar de alquilar, abre los ojos y lee conmigo.

Temblamos.

«El gobierno anuncia la salida del cepo cambiario a partir del próximo lunes». Trece palabras atadas con alambre de púas, una atrás de la otra, y el sueño de la casa propia que empieza a caer al vacío como el coyote después de un slalom del correcaminos: chau, propietario.

Temblamos de nuevo.

Ro intenta decirme que todo va a estar bien, pero yo ya no estoy ahí: ya no escucho, necesito tirarme a nadar entre todas las noticias que existan en internet, sacar conclusiones, armar un excel, hacer cuentas en el aire, pensar en voz alta doscientos escenarios catastróficos…

Paso así la noche hasta que casi es de día. No dormí y el sueño de la casa propia se convirtió en una pesadilla anticipada, una bolsa de amargura que no me entra en el pecho: ¿para qué haber llegado tan cerca?

* * *

Cada vez que no entiendo algo hago dos cosas: buscar información o hablar con gente que lo sepa. Y cada vez que necesito entender de tasas, financiación, riesgos, inversiones y todas esas cosas que pasan

en las pizarras de los bancos, hablo con Diego, mi amigo y hermano, padrino de mis hijas, ser humano fundamental de mi existencia. Nos encontramos a tomar un café cerca del Obelisco.

—¿Qué van a pedir? —dijo la moza.

—Yo un café en jarrito —contestó Diego.

—Yo quiero una cerveza de litro. Helada.

Empezamos a leer la resolución del Banco Central sobre la salida del cepo. Que sí, que no, que hay que esperar el anuncio, que quizás te conviene… hasta que llegamos al apartado de las bandas de flotación:

—¿Y esto qué verga es? —quise saber.

—No sé… dejame averiguar y hoy te aviso.

* * *

Viernes a la tarde: las bandas de flotación prevén un escenario de máxima y de mínima para el valor del dólar. Las propiedades en Argentina se compran y se venden en dólares y el crédito que el banco me ofrece es en pesos, que serán más o menos dólares dependiendo de la cotización del dólar del día de la operación. De máxima, un dólar podría costar mil cuatrocientos pesos; de mínima, mil.

Hago lo que hago absolutamente siempre antes de tomar cualquier decisión: un excel. De ahora en más, tengo delante de mis ojos treinta posibles escenarios que dependen de la cotización del dólar y del monto final del crédito, una cifra que —misterio de la vida— se conoce el día de la firma. En veinticuatro de esos treinta escenarios nos convertiremos en propietarios; en los otros seis, cagamos: por más que vendamos todos mis instrumentos musicales nos vamos a quedar con la ñata contra el vidrio. Ese mismo viernes me llama la escribana White:

—Ignacio, firmamos el miércoles, nos vemos a las doce en la sucursal Florida del Banco Nación.

Me gusta tener el control sobre las cosas que hago y, cuando se me va muy lejos y tengo que naufragar sobre la tabla de la incertidumbre, la paso mal. Me queda por delante un fin de semana entero de no saber y casi tres jornadas de quilombo financiero: lunes, martes y la mitad del miércoles. Si llego vivo al mediodía del miércoles y el dólar no superó los 1.330 pesos, la casa será nuestra. Pero si se pasa, chau sueño.

Camino por las paredes, soy un gato enjaulado a punto del desmayo. Un fin de semana entero

mirando las predicciones infundadas de los economistas más falopa del país. Cuando alguno dice un dato que me juega a favor, le doy like. Cuando se van por sobre los 1.330, pienso que son unos hijos de mil putas.

* * *

El lunes todo fue normal. La salida del cepo, en mi imaginación, contemplaba que todo el país saliera corriendo a comprar su fruta favorita: el dólar. Pero no, abrió y cerró en 1.250 y eso nos transformaba en virtuales propietarios. El martes llegó a 1.270, todavía tenía margen. ¿Y si se dispara a 1.400? No llego de ninguna forma.

Ese mismo martes estaba en la calle cuando me llamó la escribana White: nunca, y quizás porque nunca recibí el llamado extorsivo con el anuncio de un familiar secuestrado, me sentí tan mal en medio de una conversación telefónica.

—¡¿Cómo?! ¡No, no tengo posibilidad!

White me acaba de decir, mientras se lima las uñas o hace su rutina de skincare, que sus honorarios ahora serían 4.000 dólares más caros, porque la

cotización del dólar MEP y no sé qué cosa que se me hizo imposible de retener…

Ella habla, pero yo ya me di por vencido. La aventura de comprar la casa había sido hermosa, casi real, pero se terminaba.

Camino de vuelta a casa, pidiendo una señal de que todo iba a estar bien…

—Tirame una señal, viejita. Decime que de alguna forma se va a dar —pensé mirando al cielo.

Con los mil pesos que tengo en el bolsillo me meto en un kiosco y manoteo una Coca del fondo. La saco, la acerco y cuando estoy por pagarla, miro la etiqueta y veo que tiene mi nombre: «Nacho», en letras blancas sobre rojo. La leo con la voz de mi vieja. De todas las palabras que me decía, solo me acuerdo de dos: «Nacho» y «Boca». El resto se me fueron desdibujando desde que murió. Me queda la intención, el recuerdo de la entonación, la cadencia… pero no su voz. En cambio, si pienso en Nacho sí me sale con su voz. Y así lo siento.

—Es una señal —pienso, aunque en el fondo sé que no es más que una coincidencia. Pero necesito pensar que es una señal, un signo divino del destino, una situación astral que me dice: «Tranqui, negrito,

va a estar todo bien».

Vuelvo. Estoy a dieciséis horas y cuatro mil dólares de comprar la casa, tengo una reunión tarde de laburo y cuando me conecto Hernán me pregunta qué me pasa.

—Nada…

—¿Qué nada?

—No… pasa que…

Y me quiebro. No me salen las palabras. La angustia y la bronca y el dolor de lo que casi pasa me destruyen. Él me frena, yo no lo escucho, me insiste, le digo que no tengo forma, que ya está, que estoy frustrado, que hablemos de laburo… y cuando por fin hago silencio me dice: «Ya te transferí, sigamos con lo que estábamos».

* * *

El día de la firma soy un manojo de nervios, ansiedad y catástrofe. Mis hijas ya están en la escuela y con Ro hacemos tiempo para ir al banco a firmar. Estamos a una hora de viaje y recorremos todo el tramo escuchando música: no nos animamos a poner la radio y que se nos pueda colar un flash informativo diciendo

que el dólar entró en erupción. Viajamos fingiendo demencia, yo golpeo los pulgares contra el volante del Sandero porque en la radio suena Creedence. Se escuchaba en mi infancia, Creedence, cada vez que mi viejo sacaba de la funda la Yamaha de doce cuerdas que ahora vive junto a mis otras guitarras.

En un semáforo la miro a los ojos:

—Necesito googlear —protesto.

Sabemos que es al pedo, pero necesito saber, espiar dolarhoy como quien mira los bordes de las cartas de truco para ver si tiene para el envido.

—No seas boludo.

Tiene razón.

Estaciono en un lugar imposible del microcentro y caminamos quince cuadras que nos separan del destino definitivo. Nos apretamos de las manos; a veces ella a mí y otras yo a ella. No sé bien quién aprieta y quién afloja, ahora esas manos son un puño de diez dedos que marca el ritmo de la caminata por la calle Corrientes.

—Va a estar todo bien —dice Ro, con esa sonrisa segura que tiene cada vez que me desborda el miedo.

* * *

Llegamos al banco y cogoteo la pizarra del tipo de cambio como si mirara un partido del Mundial en una vidriera de Frávega:

—Mil dos noventa —festejo.

¿Y si me sobra plata? ¿Si todo el ruido interno que me desarmó desde que me lancé a la aventura de dejarles herencia a mis hijas fue al pedo y el dólar baja un poco más y salgo del banco con escritura y guita en el bolsillo?

Totalmente atolondrado empiezo a firmar papeles: crédito, hipoteca, seguros, todo. Las catorce firmas que hice son todas distintas entre sí. Ro me ancla la inestabilidad y, con una templanza que no sé dónde fabrica, firma paciente.

—Llegamos, amor —le digo.

* * *

Ahora vamos a la salita donde la gente cuenta la guita que se lleva en efectivo. Pero la plata no aparece.

La charla trivial con Carolina y Lucas es insostenible; Leandro, el gerente de la sucursal, ya no sabe

cuántas veces entrar y salir de la oficina de al lado buscando que le entreguen los dólares.

Cada tic y cada tac de las agujas del reloj inmenso que está a mis espaldas me perforan la cabeza.

Tic. Sos dueño.

Tac. No sos dueño.

Tic.

Tac.

Hasta que Leandro sale y viene hacia mí, desencajado:

—Ignacio, Romina, tengo que decirles algo… cambió la cotización… es apenas, unos centavos…

El mundo se me desmorona. Pienso en el Sandero que compré hace unos años para pasear con mi familia, convertido en billetes. ¿Y si tampoco llego? O mi colección de discos importados: ¿se irán a dormir a la casa de algún gitano compra-venta?

Pero Leandro ve mi angustia y se apura:

—No, no, tranquilos, está todo bien: es más, te sobró, contalo cuando llegues a la casa. A tu casa —dijo cómplice y me dio un sobre que guardé rápidamente en una carpeta con papeles.

Entonces sí: firmamos la escritura, abrimos el sobre grande lleno de dólares y empezamos a contar.

Todos contamos, todos felices. Carolina y Lucas guardan la guita; Ro y yo, la escritura; Leandro también festeja: «Es el primer crédito que otorga el Banco Nación desde la salida del cepo, teníamos más miedo que ustedes». La escribana White manotea su tajada con asco administrativo. Cada uno sale feliz para su lado.

* * *

Comemos una pizza en Güerrín para celebrar. Incrédulos: no podemos dejar de mirarnos a los ojos. Pudimos.

—¿Sabés qué me asustó todo este tiempo? —me pregunta Ro mientras le apoyo una porción de fainá sobre la de mozzarella—. Que saliera mal y que te hundieras.

Lloramos los dos. De miedo y de felicidad. Después nos perdimos por la calle Corrientes. Yo tenía que ir a una reunión de trabajo y cuando me encuentro con Hernán, no solo le agradezco: saco las llaves de mi casa y se las regalo.

* * *

Vuelvo a casa, busco en los bolsillos del jean las llaves y no las encuentro: abro la mochila y está la carpeta donde guardé el sobre que me dieron en el banco. Lo abro para sacarme la duda: once dólares, todos los ahorros que me quedan a partir de ahora.

Golpeo la puerta de la casa número 53, que desde ahora es la casa de mi familia.

—¿Quién es? —pregunta Ro desde adentro.

Le digo que soy yo, que no tengo llaves porque las regalé. Abre la puerta, me abraza, veo en su sonrisa nuestro sueño cumplido.

Agradecimientos

Este libro existe porque antes hubo un montón de personas que confiaron en mí. Algunos están en mi vida hace años, otros llegaron hace poco, pero todos tuvieron su aporte para que este libro existiera.

Quiero agradecer enfáticamente a un montón de gente y voy a aprovechar todo el espacio disponible que tenga, porque en la vida nada se hace solo.

A Ro, Lupe y Agus, por el amor de cada día y cada noche. Por los sueños cumplidos, por los que se vienen. Por absolutamente todo.

A mi viejo, mis hermanas, mis cuñados y sobrinos, por crecer a la par, por alentar siempre.

A mi vieja, que parpadea en mis recuerdos cada vez que me desenfoco. Todo está bien por acá, ma.

A mis amigos-hermanos, por haber dicho las palabras exactas en los momentos correctos. Por las risas y los llantos. Por los brindis.

A todos los que pasaron por la terraza de casa a compartir sobremesas, guitarreadas, y carcajadas: a los que vienen desde siempre, a los que llegaron hace poco.

A Hernán, por decirme que sí. Por haberse convertido en ese amigo que te invita a jugar a su casa.

A Nacho Iraola, por el honor de que lo primero que haya escrito en su vida sea el prólogo de este libro.

A Tomi y su tribu, por el arte de la portada, por los años dorados de infancia.

A Flor, por acomodarme tantas veces las ideas.

A Barzi, Uvita y Nachito, por los proyectos que alguna vez serán.

A Diego Fernández Romeral, por la edición, por la paciencia, por las sugerencias.

A la Comunidad Orsai.

Y a todos los que compraron este libro en preventa:

VALERIA SOLEDAD **ACOSTA**, LUCAS **AGÜERO**, KATHERINE FERNÁNDEZ **ALBORNOZ**, VALERIA **ALCINO**, RAHÍM **ALFARO VALENCIA**, MIRIAM **ANDREO**, HIPÓLITO **ARATA**, FRANCISCO JOAQUÍN **ARIAS**, ANA DENISE **BARONE**, PATRICIO **BARTON**, SANTIAGO **BARZIZZA**, MAX

BIDART, GABRIEL EDUARDO **BIGAL**, EDUARDO **BLAKE**, SILVIA **BRUGNONI**, FERNANDO **BRUNI**, ADRIANA **CALZÓN**, NICOLÁS **CANALDA**, CLEMENTE **CANCELA**, SERGIO **CANTARUTTI**, FERNANDA **CAPERÓN**, MARCOS **CEA**, SEBASTIÁN **CEBREIRO GIRALT,** NACHO **CHAMPANE**, NORA **CHICO**, PABLO **CIANCIOSI**, ROMINA **CINEO**, LUIS **CLIMENTI**, MARIANA **CORONADO**, ALICIA **CUCINIELLO,** VICENTE **CÚFFARO**, AGUSTÍN **CURBELO LORIER**, MARÍA MERCEDES **DANERI**, SOFÍA **DE CUCCO ALCONADA**, CLAUDIO CÉSAR **DELGADO**, DIEGO **DELLA SALA**, CARLOS **DEMINAS**, RAMÓN **DIEZ**, ALEJANDRO **DOLINA,** MARÍA **DOS REIS**, RICARDO **ESCUDERO**, JORGE **ESTÉVEZ**, PABLO **FÁBREGAS**, NICOLAS **FAVA GALLARDO**, DANIELA **FEDRE**, MARTIN ALEJO **FERNÁNDEZ**, GUADALUPE **FERNÁNDEZ SEGURA**, FEDERICO **FLORES**, JULIÁN **FLORES**, LORENA **FONDOVILA**, DANIEL **FONT**, ELENA **FORLANO**, FLORENCIA **FOTORELLO**, ADRIANA **GASPAR**, JESÚS **GARCÍA**, ANA **GARCÍA BLAYA**, SILVIA HAYDEÉ **GARCÍA LÓPEZ**, ANTONIO **GENTILINI**, SILVIA CRISTINA **GIMÉNEZ**, FEDERICO **GIOBERGIA**, ROMINA **GIUSSANI**, SUSANA BEATRIZ **GÓMEZ ESPECHE**, ALDANA **GONZALEZ**, ISIS **GONZÁLEZ**, MARÍA LAURA **GRILLO**, FERNANDO **GUEVARA**, NACHO **IRAOLA**, ELIANA **JANKA**, GEORGINA **JURI**, JUDITH **KAMIEN**, SARA **LARROSA**, DARÍO **LAZARO**, SILVIA **LIFSCHITZ**, DIEGO MARTÍN **LIMA**, ANA MARÍA **LÓPEZ**, MATÍAS **MARTIN**, NORBERTO **MARTÍN**, LIZA **MARTINEZ PRIETO**, GABRIEL **MAZZA**, ALEJANDRO GABRIEL **MENDOZA**, LUCILA **MERLO**, DAVID **MINHO**, LEONARDO

MOLINA, WILMER ARBEY **MONROY TARAZONA**, CLARA VERÓNICA **MONTIEL**, MARÍA LAURA **NICOLAY**, BEATRIZ **OCAMPO**, ROCÍO **PALMA**, GABRIELA **PASCAL**, MARCELO **PÉREZ**, SANTIAGO **PICCIANI**, MÓNICA ANDREA **PICKHOLZ**, FAUSTO **PITTARELLI**, NÉSTOR **PONTE**, NADIA **PORCEL**, MARIÁNGELES **PORTILLA**, MARÍA SOLEDAD **PUECHAGUT**, ESTEFANIA **PULSONI**, ELIO **PUNTIERI,** COLI **QUIJANO,** BÁRBARA **RANDO**, JULIO NICOLÁS **RIVAS**, NORMA **ROBADO**, FEDERICO **RODRÍGUEZ**, LAURA **RODRÍGUEZ**, FABIAN **RUBINICH**, FLOR **SCHMIDT**, MYRIAM ANDREA **SCUNCIA DE PIANO**, MARTÍN **SHERIDAN**, GRACIELA **SILVA**, COCO **SILY**, JUAN CARLOS **SOLDI**, VIRGINIA **SOMMARO**, NICOLÁS MARTÍN **SOPRANZI ANDREU,** GABRIELA **STRINGA**, MARIANO JOSÉ **STURMER**, MARCELA **SUÁREZ ADOLFSSON**, RUBÉN **TELECHEA**, EZEQUIEL **TRINIDAD**, LITO **TUZZIO**, MELINA ORNELLA **URSO**, CLAUDIA **UZARRALDE**, CECILIA **VASCON ARDANAZ**, CLAUDIA HAYDEÉ **VILLA**, GRACIELA **ZALAZAR**, MARCELA **ZALESKI**, ARIEL **ZELENER**, DEBORA **ZILBERMAN** Y GASTÓN **ZIMMERMANN**.



OTROS LIBROS DE LA COLECCIÓN

01 - Adriana Gaspar
La profunda línea del mar

02 - Gabriel Eduardo Bigal
La herida que alumbra

03 - Alejandra Tomac
Cuando baja la marea

04 - Alejandro Sánchez
Cuentos breves para días eternos

05 - Damián Varia
El escondite

06 - Dr. Chesini
Parano.ia

07 - Bruno Quarneti López
Pasión en la tribuna

08 - Camila Maraio
Lo real y lo otro

09 - Daniel Ibaña
El loco del libro

10 - Daniel Sacro
Déjame que te cuente, porteño

11 - David Zamora
Contactos

12 - Liliana Waipan
Rescatados de la papelera

13 - Lorena Gisel Alvarez
El lado B de la maternidad

14 - El Otro Mario
Música en el cielo

15 - Nacho Merlo
La paz de la ignorancia

16 - Nieves Arlettaz
Tal cual fue

17 - Horacio Schafir
En algún momento
nos fuimos al carajo

18 - J. Nicolás Rivas
Derivas

19 - Nora Elisa Rodríguez
No soy Quiroga

20 - Norma Romero Sipan
El sonido de mamá

21 - Fabián Berdiales
Cuentos de amor,
de magia y de guerra

22 - Roly Tasquer
Retazos para recordar
por dónde anduve

23 - Raquel Baratelli
¿Te acordás de mí?

24 - Fede Ferraro
Yo venía en contramano

25 - Leonardo Munizaga
Hasta que deje de doler

26 - Adriana Lacci
En primera persona

27 - Pablo de la Cruz Sabor
Mamuska: varias vidas en una vida

28 - Salvador López Saubidet
Hijo y amigo del rigor

29 - Sebastián Fischer
Cuentos para quemar
con un encendedor

30 - Nicolás Genovecio Lucía
Tazos cubiertos de sal

31 - Silvana Goldemberg
¿Qué hay del otro lado?

32 - Silvia Lifschitz
Todavía hay música

Nacho Merlo



(Buenos Aires, 1981) Se graduó como periodista en ETER y dirige la *Comunidad Orsai*. Se mudó catorce veces, abandonó cinco carreras universitarias, fue bancario, dibujante técnico, fabricante de cuadros y repartidor de pizzas; se hizo seis tatuajes y tuvo el pelo de todos los colores que existen. En todos esos años, hubo algo que nunca dejé de hacer: escribir. En 2025 publicó *Quemarse vivo* en la editorial Orsai.

Sobre este libro

En *La Paz de la Ignorancia*, Nacho Merlo confirma una voz narrativa sensible, divertida y profundamente humana. Después de *Quemarse vivo*, vuelve sobre las pequeñas tragedias cotidianas, las heridas de la infancia, los silencios familiares y la vergüenza que sobrevive al paso del tiempo. Con humor y ternura, convierte esos pequeños universos en historias difíciles de olvidar. *(Diego Fernández Romeral).*

«La paz de la ignorancia» es el décimo quinto libro de la *Colección Entrelíneas*, fundada por sus autores en abril de 2026 bajo el paraguas de la escuela y la editorial Orsai, con la coordinación editorial de Hernán Casciari.

BONUS TRACK
Al escanear este código QR el lector podrá disfrutar algunos fragmentos del libro en audio.
Más info en editorial.orsai.org

15 788415 525776